



“Historia de la Crisis Mundial” (1923-2023) Ciclo de lectura, debate y prospectiva

Materiales de trabajo Tercera Sesión

Guía de trabajo para la tercera sesión

1. Antecedentes: Juan Croniqueur y la Revolución Rusa. p.2

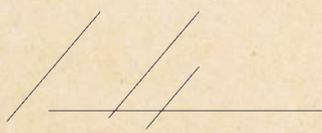
Conferencias:

La revolución rusa
(pronunciada el 13 de julio de 1923) p. 6

Las instituciones del régimen ruso
(pronunciada el 19 de octubre de 1923) p. 12

Elogio de Lenin
(pronunciada el 26 de enero de 1924) p. 15

Organiza:


Archivo
José Carlos Mariátegui

NUESTRO
SUA 



CONFERENCIAS

Material de Trabajo – Tercera Sesión

Sobre los textos:

Para la tercera sesión los temas que nos convocan serán los de la quinta, decimocuarta y decimoséptima conferencia, que se detallan a continuación:

- “La revolución rusa”, pronunciada el 13 de julio de 1923.

La conferencia se publicó en el libro de las Obras Completas *Historia de la Crisis Mundial* (Biblioteca Amauta, Lima, 1959), e incluida en la versión digitalizada de las Obras Completas de José Carlos¹. **(Anexo A)**

El documento original se puede consultar en la web del Archivo José Carlos Mariátegui².

- “Exposición y crítica de las instituciones del régimen ruso”, pronunciada el 19 de octubre de 1923.

Las notas de la conferencia se publicaron en el libro de las Obras Completas *Historia de la Crisis Mundial* (Biblioteca Amauta, Lima, 1959), e incluida en la versión digitalizada de las Obras Completas de José Carlos³. **(Anexo B)**

- “Elogio a Lenin”, pronunciada el 26 de enero de 1924.

Las notas de la conferencia se publicaron en el libro de las Obras Completas *Historia de la Crisis Mundial* (Biblioteca Amauta, Lima, 1959), e incluida en la versión digitalizada de las Obras Completas de José Carlos⁴. **(Anexo C)**

¹ Revisar la conferencia aquí:

https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/quinta%20conferencia.htm

² Revisar el documento original aquí:

<https://archivo.mariategui.org/index.php/mecanografiado-quinta-conferencia-la-revolucion-rusa>

³ Revisar la conferencia aquí:

https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/decima%20cuarta%20conferencia.htm

⁴ Revisar la conferencia aquí:

https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/historia_de_la_crisis_mundial/paginas/decima%20septima%20conferencia.htm

Antecedentes: Juan Croniqueur y la Revolución Rusa

... Y es que, contra lo que digan los teóricos del evolucionismo, puede ser que este impere en las ciencias naturales, a veces la Historia se realiza a través de algo terrible y bello, doloroso y formidable que se llama Revolución. (Jorge Basadre, La Iniciación de la República, 1929)

1

Tal como se ha mencionado en sesiones anteriores, si bien los contenidos de las conferencias sobre la crisis mundial recogen y articulan los resultados de la experiencia europea de José Carlos, los temas y tesis fundamentales de las mismas ya estaban presentes en su obra juvenil, particularmente en los escritos y opciones que se ponen de manifiesto a partir de 1917.

La particular sensibilidad del Amauta frente al mundo como totalidad lo llevó a una temprana comprensión de la época y a identificar algunos acontecimientos como decisivos en la configuración de una nueva época. Al respecto ya se mencionaron las apreciaciones del joven cronista acerca de la “gran guerra”.

Las referencias a Rusia, antes de noviembre de 1917, son escasas. Para el cronista, al igual que para la mayoría de sus contemporáneos se trataba de una tierra “lejana y brumosa”. El único personaje que le llamó la atención fue Rasputín, utilizando su siniestra imagen para atacar a un monseñor limeño que intentaba cumplir similar papel en el entorno del presidente Pardo apuntando a ser propuesto por el gobierno para el cargo de arzobispo de Lima. Monseñor Philips era “nuestro Rasputín criollo”⁵ (al respecto escribe varias veces, entre junio y octubre de 1917). Más allá de la anécdota estos artículos expresan la opinión del cronista en torno al Concordato que regulaba las relaciones entre el estado y la iglesia católica.

Dado que, sea a través de la literatura o de escritos socio-políticos, los sectores “ilustrados” del país tenían idea del atraso ruso y el carácter autocrático del régimen zarista, no debe haber sorprendido la caída de este en febrero (marzo para occidente) de 1917. Sin embargo, debido a las mayoritarias simpatías por la Entente (Francia, Reino Unido y Rusia), las tintas se cargaban sobre el Imperio Alemán cuando se aludía a la barbarie que amenazaba a Europa. Si bien los periódicos limeños dieron cuenta de la revolución rusa de febrero, no hay ecos de esta en las crónicas de Juan Croniqueur. En relación con la guerra, el cronista denunciaba la lentitud con la que la Cancillería estaba respondiendo al hundimiento del *Lorton* en febrero de dicho año en su columna “Somos neutrales”.⁶

2

Los días previos a la revolución de octubre (7 de noviembre en el calendario occidental) fueron remecidos en Lima por el “escándalo del cementerio”, protagonizado por el cronista y algunos de sus amigos más cercanos. El relato detallado del evento se puede leer en la reciente biografía elaborada por Servais Thissen (pp. 144 y ss.). Para ubicar este episodio en el proceso vital de Juan Croniqueur conviene leer la crónica que había publicado días antes, el 4 de noviembre con el título “Bostezando...”, y que comienza con una frase contundente: “Nos aburrimos. Dentro de esta ciudad enferma y dentro de sus cercanías grises y pálidas ... vivimos nosotros sin emoción, sin alegría, sin fervor, sin estremecimiento y sin voluntad”⁷. Después de un almuerzo en La

⁵ José Carlos Mariátegui, “Nuestro Aliado”, *El Tiempo*, 3 de octubre de 1917.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vi/6-octubre-1917/6.3-nuestro/>

⁶ José Carlos Mariátegui, “Somos neutrales”, *El Tiempo*, 12 de abril de 1917.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-v/6-abril-1917/6.9-somos/>

⁷ José Carlos Mariátegui, “Bostezando”, *El Tiempo*, 4 de noviembre de 1917.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vi/7-noviembre-1917/7.2-bostezando/>

Magdalena, el cronista y algunos de sus amigos convencieron a la bailarina suiza Norka Rouskaya para emular a Isadora Duncan en el cementerio de Lima bailando la danza fúnebre de Chopin a la luz de la luna. Lo hizo acompañada por un violinista hasta que irrumpió la policía, siendo detenidos con escándalo mediático al día siguiente. El asunto llegó al Congreso, a la Beneficencia y provocó declaraciones del arzobispo convocando a ceremonias de desagravio del “camposanto”.⁸

3

Si bien el momento culminante de la revolución de octubre tuvo lugar el 7 de noviembre de 1917 con la toma del Palacio de Invierno, sede del gobierno provisional, la ofensiva revolucionaria se había iniciado días antes. En medio de intensos debates, la mayoría del comité central bolchevique había tomado el acuerdo de proceder a la insurrección.

En su biografía de Mariátegui, Servais Thissen da cuenta de la recepción de la revolución rusa en Lima. *El Tiempo*, el 9 de noviembre afirma: “Petrogrado ha caído en manos de los maximalistas” ... “torvos enemigos del capital y de la aristocracia”. Para *El Comercio*, el mismo día: [Lenin es el] “apóstol de la ruina de la democracia rusa” (Thissen, p. 157). Las crónicas de José Carlos en esos días seguían girando en torno a los personajes y las anécdotas de la política criolla. Sin embargo, hay una alusión indirecta a la revolución en la crónica “Tira y afloja”⁹ en la que comenta el impacto de Mariano Lino Urquieta, afirmando frente al caudillo arequipeño: “nosotros que no acaudillamos multitudes ni preconizamos rojas alboradas revolucionarias”. El 30 de diciembre publica su primer artículo referido explícitamente a la revolución rusa: “Maximalismo peruano” en respuesta a las sucesivas referencias de *El Comercio* a los periodistas de *El Tiempo* como “bolsheviquis y maximalistas”. A lo que el cronista responde: “¡Bueno! ¡Muy bolsheviquis y muy peruanos! ¡Pero más peruanos que bolsheviquis!”.

Más adelante volvió a usar el término en “*Las trompetas de la fama*”¹⁰. A raíz del cese como Canciller de Enrique de la Riva Agüero, se hizo pública la denuncia de que tenía un pacto secreto con Alemania (*Washington Post*). El cronista ironizó sobre el asunto mencionando a la “Rusia de los maximalistas”. Las gentes, escribió: “Se espantan ante la posibilidad de que se le tenga en mal concepto [a Riva Agüero] en la lejana y brumosa Rusia de los maximalistas.” En febrero les devolvió el adjetivo a los periodistas de *El Comercio*. El decano estaba envuelto en conspiraciones con el elusivo “bloque” civilista, “una agrupación de misteriosos revolucionarios, de terribles bolcheviques” ... “bolchevique era para ellos sinónimo de facineroso”¹¹.

El texto central es, sin duda, “Bolcheviques, aquí”¹². El cronista recogía el estereotipo del socialista: “Para esta buena gente criolla un socialista era, más o menos, un facineroso” ... “un descamisado torvo. Sucio, malcontento, greñoso, borracho, holgazán, hereje, cerril, sórdido, criminal, “masón” y poseído por el espíritu inmundo del demonio”. Y constata el cambio a partir de declaraciones de políticos como Víctor Maúrtua, Luis Ulloa, Alberto Secada y otros. El término se “normalizó”, más aún: “Y empiezan a abundar quienes creen que puede haber en la política nacional algo que valga más que la constitución del sesenta, la huaripampeada, Cocharcas ... “Y continúa enumerando eventos y rasgos de la política criolla.

⁸ El estudio más detallado del incidente es el realizado por el antropólogo norteamericano William Stein, *Dance in the Cemetery. Jose Carlos Mariategui and the Lima Scandal of 1917*. Lanham, Maryland: University Press of America. 1997. [William Stein. *Mariátegui y Norka Rouskaya*. Lima, Empresa Editora Amauta, 1989]. De manera complementaria, se puede revisar: <https://repositorio.pucp.edu.pe/index/bitstream/handle/123456789/193062/4.pdf>

⁹ José Carlos Mariátegui, “Tira y Afloja”, *El Tiempo*, 2 de diciembre de 1917.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vi/8-diciembre-1917/8.2-tira/>

¹⁰ José Carlos Mariátegui, “Las trompetas de la fama”, *El Tiempo*, 20 de enero de 1918.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vi/9-enero-1918/9.7-trompetas/>

¹¹ José Carlos Mariátegui, “Disfuerzos”, *El Tiempo*, 4 de febrero de 1918. <http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vi/10-febrero-1918/10.11-disfuerzos/>

¹² José Carlos Mariátegui, “Bolcheviques aquí”, *El Tiempo*, 7 de abril de 1918.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vii/2-abril-1918/2.6-bolcheviques/>

A partir de ese momento serán reiteradas las referencias a Maúrtua como “nuestro ministro bolchevique”, así como al grupo de parlamentarios a los que identifica como la extrema izquierda del Congreso el año 1919. Por otro lado, el cronista contraponía revolución y conspiración: “Nosotros, bolcheviques, que creíamos acabada la era de las conspiraciones criollas...”¹³. “Pero no la revolución criolla. No la revolución de la montonera en la quebrada”¹⁴. “Las buenas, rústicas e insípidas gentes de San Mateo, son esencialmente revolucionarias... Son revolucionarias a su manera antigua, inculta y varonil... Para ellas revolución quiere decir montonera, guerrilla, tiroteo y cupo”¹⁵.

El primer texto sobre el proceso revolucionario propiamente dicho lo publicó el 30 de junio: “Cable hostil”¹⁶. Se trata de un texto que oscila entre el drama y la ironía. El contenido lo toma de los cables que dan cuenta de la ofensiva de “Kaledines” (llamado así por un general zarista) y los cosacos contra “la república de Trotsky y Lenin”. “Nos ponemos a pensar con el alma partida en mil pedazos en nuestros lejanos amigos los bolcheviques de Rusia. Y en Trotsky y Lenin. Y en el instituto Smolny. Y en los soviets. Y en la guerra roja” ... “La hora es de prueba para todos los bolcheviques del mundo”.

En las crónicas acerca del final de la gran guerra se entremezclaban, como se ha señalado en la sesión anterior, el entusiasmo por la paz de Wilson con la proclamación de la convicción socialista. Leemos en “Un día grande”¹⁷. “Y nos salimos de nuestras casillas cuando nos acordamos que somos socialistas. Socialistas convencidos... ardorosos... máximos. El día más que de la paz nos parece del socialismo”.

El 12 de enero de 1919, en medio de huelgas obreras en Lima, Mariátegui escribe “El maximalismo cunde”¹⁸. El texto, que ya fue mencionado en la primera sesión, da cuenta de una intuitiva “totalización” de los movimientos obreros en Buenos Aires, Santiago de Chile y Lima, bajo los términos que la revolución rusa irradiaba. Vale la pena releer ese texto así como el siguiente que tiene anticipos de la particular relación que el Amauta establecerá entre política y religión: “Amanecemos un día con una huelga general en la ciudad y en el puerto. Y, por supuesto, nos sentimos presas de un entusiasmo religioso”¹⁹.

Ya en el diario propio, *La Razón*, en la columna “Voces” del 24 de julio, titulada “Las diputaciones por Lima”, escribió: “Todos los jefes de estado actuales son hombres de ciencia. Lo son desde Clemenceau hasta Lenin”²⁰

4

Entre las aproximaciones juveniles y las conferencias de 1923 en torno a la revolución rusa encontramos varios de los artículos escritos desde Italia. El primero, datado en Roma el 12 de febrero de 1920 y publicado en *El Tiempo* el 9 de julio, titulado: “La Entente y los Soviets”. En octubre, desde Génova escribió sobre “Rusia y Polonia” (publicado en *El Tiempo* el 12 de enero

¹³ José Carlos Mariátegui, “Estamos conspirando”, *El Tiempo*, 27 de mayo de 1918.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vii/3-mayo-1918/3.14-estamos/>

¹⁴ José Carlos Mariátegui, “La ciudad y las sierras”, *El Tiempo*, 21 de junio de 1918.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vii/4-junio-1918/4.20-ciudad/>

¹⁵ José Carlos Mariátegui, “La ciudad y las sierras”, *El Tiempo*, 16 de julio de 1919.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-viii/7-julio-1919/7.9-tipica/>

¹⁶ José Carlos Mariátegui, “Cable hostil”, *El Tiempo*, 20 de junio de 1918. <http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-vii/4-junio-1918/4.27-cable/>

¹⁷ José Carlos Mariátegui, “Un día grande”, *El Tiempo*, 12 de noviembre de 1918.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-viii/2-noviembre-1918/2.12-grande/>

¹⁸ José Carlos Mariátegui, “El maximalismo cunde”, *El Tiempo*, 12 de enero de 1919.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-viii/2-noviembre-1918/2.12-grande/>

¹⁹ José Carlos Mariátegui, “Paréntesis”, *El Tiempo*, 23 de enero de 1919. <http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-viii/4-enero-1919/4.12-paretesis/>

²⁰ José Carlos Mariátegui, “Las diputaciones por Lima”, *La Razón*, 24 de julio de 1919.

<http://publicaciones.mariategui.org/escritos-juveniles-tomo-iii/7-hacia-un-camino-propio/7.12-las-diputaciones-por-lima/>

de 1921). dando cuenta de la situación de la guerra entre ambos países. En agosto de 1921, estando en Roma escribió sobre “El hambre en Rusia” (publicado el 17 de noviembre de 1921). En los demás artículos escritos en Italia hay numerosas referencias al proceso revolucionario ruso y sus repercusiones en Europa.

Más allá de los textos, entre noviembre de 1917 y el mes de junio de 1923 se vivieron dramáticas decisiones, duros enfrentamientos y sucesivos virajes al interior del proceso soviético. En marzo de 1918 el Tratado de Brest-Litovsk con Alemania imperial, que formalmente puso fin a la guerra en el Frente Oriental e implicó enormes cesiones territoriales. Entre 1918 y 1920 los años más duros de la guerra civil entre el Ejército Rojo y los remanentes del zarismo aliado con tropas de 14 países enemigos del poder soviético. La economía del “comunismo de guerra”. El armisticio con Polonia a fines de 1920, seguido de tratados de paz con otros países limítrofes. En marzo de 1921 la rebelión de los marineros de Kronstadt. La hambruna de 1920-1921. El viraje a la Nueva Política Económica (NEP) en el X Congreso del partido (marzo de 1921). La ausencia de Lenin tras el segundo derrame cerebral a fines de 1922. La agudización de la disputa entre las corrientes al interior del partido.

Mariátegui estaba al tanto de todo eso al momento de dar sus conferencias sobre la revolución rusa, sus instituciones y su principal líder: Vladimir Lenin.

Material Audiovisual

- **La Revolución Rusa en 7 minutos:** <https://www.youtube.com/watch?v=-mnRwShLmXc>
- **Fall of Eagles: Lenin returns to Russia**²¹: <https://www.youtube.com/watch?v=urSaGebApQs>

Lecturas Recomendadas:

- Stefan Zweig. *Momentos estelares de la humanidad*: El tren sellado. Lenin, 9 de abril de 1917.
- Edmund Wilson. *Hacia la estación de Finlandia*: 6. Lenin en la estación de Finlandia.
- John Reed. *Diez días que estremecieron el mundo*: Capítulo V. La caída del gobierno provisional https://www.marxists.org/espanol/reed/diezdias/capitulo_4.htm

²¹ Sobre este tema, se puede consultar: Catherine Merridale. *El tren de Lenin*. Madrid, Crítica, 2017.

Anexo A

Quinta conferencia - La revolución rusa

Conforme al programa de este curso de historia de la crisis mundial, el tema de la conferencia de esta noche es la revolución rusa. El programa del curso señala a la conferencia de esta noche el siguiente sumario: La Revolución Rusa.-Kerensky.-Lenin. La Paz de Brest Litovsk.- Rusia y la Entente después de la Revolución. Proceso inicial de creación y consolidación de las instituciones rusas.

Antes de disertar sobre estos tópicos, considero oportuna una advertencia. Las cosas que yo voy a decir sobre la revolución rusa son cosas elementales. Mejor dicho, son cosas que a otros públicos les parecerían demasiado elementales, demasiado vulgarizadas, demasiado repetidas. Porque esos públicos han sido abundantemente informados sobre la revolución rusa, sus hombres, sus episodios. La Revolución Rusa ha interesado y continúa interesando, en Europa, a la curiosidad unánime de las gentes. La Revolución Rusa ha sido, y continúa siendo, en Europa, un tema de estudio general. Sobre la Revolución Rusa se han publicado innumerables libros. La Revolución Rusa ha ocupado puesto de primer rango en todos los diarios y en todas las revistas europeas. El estudio de este acontecimiento no ha estado sectariamente reservado a sus partidarios, a sus propagandistas: ha sido abordado por todos los hombres investigadores, por todos los hombres de alguna curiosidad intelectual. Los principales órganos de la burguesía europea, los más grandes rotativos del capitalismo europeo, han enviado corresponsales a Rusia, a fin de informar a su público sobre las instituciones rusas y sobre las figuras de la Revolución. Naturalmente esos grandes diarios han atacado invariablemente a la Revolución Rusa, han hecho uso contra ella de múltiples armas polémicas. Pero sus corresponsales —no todos naturalmente— pero sí muchos de ellos, han hablado con alguna objetividad acerca de los acontecimientos rusos. Se han comportado como simples cronistas de la situación de Rusia. Y esto ha sido, evidentemente, no por razones de benevolencia con la revolución rusa, sino porque esos grandes diarios informativos, en su concurrencia, en su competencia por disputarse a los lectores, por disputarse la clientela, se han visto obligados a satisfacer la curiosidad del público con alguna seriedad y con alguna circunspección. El público les reclamaba informaciones más o menos serias y más o menos circunspectas sobre Rusia, y ellos, sin disminuir su aversión a la Revolución Rusa, tenían que darle al público esas informaciones más o menos serias y más o menos circunspectas. A Rusia han ido corresponsales de la Prensa Asociada de Nueva York, corresponsales del Corriere della Sera, del Messaggero y otros grandes rotativos burgueses de Italia, corresponsales del Berliner Tageblatt, el gran diario demócrata de Teodoro Wolf, corresponsales de la prensa londinense. Han ido además, muchos grandes escritores contemporáneos. Uno de ellos ha sido Wells. Lo cito al azar, lo cito porque la resonancia de la visita de Wells a Rusia y del libro que escribió Wells, de vuelta a Inglaterra, ha sido universal, ha sido extensísima, y porque Wells no es, ni aun entre nosotros, sospechoso de bolcheviquismo.

Urgidas por la demanda del público estudioso, las grandes casas editoriales de París, de Londres, de Roma, de Berlín, han editado recopilaciones de las leyes rusas, ensayos sobre tal o cual aspecto de la Revolución Rusa. Estos libros y estos opúsculos, no eran obra de la propaganda bolchevique, eran únicamente un negocio editorial. Los grandes editores, los grandes libreros ganaban muy buenas sumas con esos libros y esos opúsculos. Y por eso los editaban y difundían. Se puede decir que la Revolución Rusa estaba de moda. Así como es de buen tono hablar del relativismo y de la teoría de Einstein, era de buen tono hablar de la revolución rusa y de sus jefes. Esto en lo que toca al público burgués, al público amorfo. En lo que toca al proletariado, la curiosidad acerca de la revolución rusa ha sido naturalmente, mucho mayor. En todas las tribunas, en todos los periódicos, en todos los libros del proletariado se ha comentado, se ha estudiado y se ha discutido la Revolución Rusa. Así en el sector reformista y social-democrático como en el sector anarquista, en la derecha, como en la izquierda y en el centro de las organizaciones proletarias, la Revolución Rusa ha sido incesantemente examinada y observada.

Por estas razones, otros públicos tienen un conocimiento muy vasto de la Revolución Bolchevique, de las instituciones soviéticas, de la Paz de Brest Litovsk, de todas las cosas de que yo voy a ocuparme esta noche, y para esos públicos mi conferencia sería demasiado elemental, demasiado rudimentaria. Pero yo debo tener en consideración la posición de nuestro público, mal informado acerca de éste y otros grandes acontecimientos europeos. Responsabilidad que no es suya sino de nuestros intelectuales y de nuestros hombres de estudio que, realmente, no son tales intelectuales ni tales hombres de estudio sino caricaturas de hombres de estudio, caricaturas de intelectuales. Hablaré, pues, esta noche, en periodista. Narraré, relataré, contaré, escuetamente, elementalmente, sin erudición y sin literatura.

En la conferencia pasada, después de haber examinado rápidamente la intervención de Italia y la intervención de Estados Unidos en la Gran Guerra, llegamos a la caída del zarismo, a los preliminares de la revolución rusa. Examinemos ahora los meses del gobierno de Kerensky. Kerensky, miembro conspicuo del Partido Socialista-Revolucionario, a quien ya os he presentado tal vez poco amablemente, fue el jefe del gobierno ruso durante los meses que precedieron a la revolución de octubre, esto es a la Revolución Bolchevique. Kerensky presidía un gobierno de coalición de los socialistas revolucionarios y los mencheviques con los cadetes y los liberales. Este gobierno de coalición representaba a los grupos medios de la opinión rusa. Faltaban en esta coalición de un lado los monarquistas, los reaccionarios, la extrema derecha y, de otro lado, los bolcheviques, los revolucionarios maximalistas, la extrema izquierda. La ausencia de la extrema derecha era una cosa lógica, una cosa natural. La extrema derecha era el partido derrocado. Era el partido de la familia real. En cambio, la presencia en la coalición, y, por lo tanto, en el ministerio presidido por Kerensky, de elementos burgueses, de elementos capitalistas, como los liberales y los cadetes, convertía la coalición y convertía el gobierno en una aleación, en una amalgama, en un conglomerado heterogéneo, anodino, incoloro. Se concibe un gobierno de conciliación, un gobierno de coalición, dentro de una situación de otro orden. Pero no se concibe un gobierno de conciliación dentro de una situación revolucionaria. Un gobierno revolucionario tiene que ser, por fuerza, un gobierno de facción, un gobierno de partido, debe representar únicamente a los núcleos revolucionarios de la opinión pública; no debe comprender a los grupos intermediarios, no debe comprender a los núcleos virtualmente, tácitamente conservadores. El gobierno de Kerensky adolecía, pues, de un grave defecto orgánico, de un grave vicio esencial. No encarnaba los ideales del proletariado ni los ideales de la burguesía. Vivía de concesiones, de compromisos, con uno y otro bando. Un día cedía a la derecha; otro día cedía a la izquierda. Todo esto cabe, repito, dentro de una situación evolucionista. Pero no cabe dentro de una situación de guerra civil, de luchar armada, de revolución violenta. Los bolcheviques atacaron, desde un principio, al gobierno de coalición, y reclamaron la constitución de un gobierno proletario, de un gobierno obrero, de un gobierno revolucionario en suma. Ahora bien, las agrupaciones proletarias, eran en Rusia cuatro. Cuatro eran los núcleos de opinión revolucionaria.

Los Mencheviques, o sea los minimalistas, encabezados por Martov y Chernov, gente de alguna tradición y colaboracionista. Los socialistas-revolucionarios, a cuyas filas pertenecen Kerensky, Zaretelli y otros, que se hallaban divididos en dos grupos, uno de derecha, favorable a la coalición con la burguesía, y el de la izquierda, inclinado a los bolcheviques. Los bolcheviques o los maximalistas, el partido de Lenin, de Zinoviev y de Trotsky. Y los anarquistas que, en la tierra de Kropotkin y de Bakunin, eran naturalmente numerosos. En las tres primeras agrupaciones, mencheviques, social-revolucionarios y bolcheviques, se fraccionaban los socialistas. Porque, como es natural, en la época de la lucha contra el zarismo todas estas fuerzas proletarias habían combatido juntas. Había habido discrepancias de programa; pero comunidad de fuerzas y sobre todo de esfuerzo contra la autocracia absoluta de los zares.

¿Cuál era la posición, cuál era la fisonomía, cuál era la fuerza de cada una de estas agrupaciones proletarias? Los mencheviques y los socialistas revolucionarios dominaban en el campo, entre los trabajadores de la tierra. Sus núcleos centrales estaban hechos, más que a base de obreros manuales, a base de elementos de la clase media, de hombres de profesiones liberales, abogados, médicos, ingenieros, etc. El ala izquierda de los socialistas revolucionarios reunía, en verdad, a muchos elementos netamente proletarios y netamente clasistas, que, por

esto mismo, se sentían atraídos por la táctica y la tendencia bolcheviques, pero no se decidían a romper con el ala derecha de la agrupación.

Los hombres de la derecha y del centro, como Kerensky, eran los que representaban a los socialistas revolucionarios. Ambos partidos, mencheviques y socialistas revolucionarios, no eran, pues, verdaderos partidos revolucionarios. No representaban el sector más dinámico, más clasista, más homogéneo del socialismo. El proletariado industrial, el proletariado de la ciudad. Los maximalistas eran débiles en el campo; pero eran fuertes en la ciudad.

Sus filas estaban constituidas a base de elementos netamente proletarios. En el estado mayor maximalista prevalecía el elemento intelectual; pero la masa de los afiliados era obrera.

Los maximalistas actuaban en contacto vivo, intenso, constante, con los trabajadores de las fábricas y de las usinas. Eran del partido del proletariado industrial de Petrogrado y Moscú. Los anarquistas eran también influyentes en el proletariado industrial; pero sus focos centrales eran focos intelectuales. Rusia era, tradicionalmente, el país de la intelectualidad anarquista, nihilista.

En los núcleos anarquistas predominaban intelectuales, estudiantes. Por supuesto, los anarquistas combatían tanto como los bolcheviques, y en algunos casos de acuerdo con éstos, a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios de Kerensky. Este era el panorama político del proletariado ruso bajo el gobierno de Kerensky. Conforme a esta síntesis de la situación, la mayoría era de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques coaligados.

Las masas campesinas y la clase media estaban al lado de ellos. Y las masas campesinas significaban la mayoría en la nación agrícola, en una nación poco industrializada como Rusia. Pero en cambio, los bolcheviques contaban con los elementos más combativos, más organizados, más eficaces, con el proletariado industrial, con los obreros de la ciudad.

Por otra parte, los mencheviques y los socialistas revolucionarios no podían conservar su fuerza, su predominio en las masas campesinas si no satisfacían dos arraigados ideales, dos urgentes exigencias de esas masas: la paz inmediata y el reparto de tierras.

El gobierno de Kerensky carecía de libertad para una y otra cosa. Carecía de libertad para la paz inmediata porque las potencias aliadas, de las cuales era ahijado y protegido, no le consentían entenderse separadamente con Alemania. Y carecía de libertad para el reparto de las tierras a los campesinos porque su alianza con los kadetes y los liberales, sus compromisos con la burguesía, sus miramientos con los propietarios de las tierras lo cohibían, lo coactaban para esta audaz reforma revolucionaria. Kerensky no hacía, pues, en el gobierno la política de las masas socialistas que representaba; hacía la política de la burguesía rusa y de las potencias aliadas. Esta política impacientaba a las masas. Las masas querían la paz. Y la paz no venía. Las masas querían el reparto de las tierras. Y el reparto de las tierras tampoco venía.

Pero esta impaciencia de las masas campesinas no habría bastado para traer abajo a Kerensky si hubiera sido, efectivamente, sólo impaciencia de las masas campesinas, en vez de ser, también, impaciencia del ejército. La guerra era impopular en Rusia. He explicado ya cómo el gobierno zarista condujo la guerra con mentalidad de guerra relativa, esto es con mentalidad de guerra de ejércitos y no de guerra de naciones; y como, por consiguiente, el gobierno zarista no había sabido captarse la adhesión del pueblo a su empresa militar.

El pueblo y el ejército esperaban que de la revolución saliese la paz. La incapacidad de Kerensky para llegar a la paz, soliviantaba, pues, en contra de su gobierno al ejército, que no sentía, como los otros ejércitos aliados, el mito de la guerra de la Democracia contra la Autocracia, porque la guerra rusa había sido dirigida por la autocracia zarista. El ejército estaba cansado de la guerra, y reclamaba sordamente la paz. Los bolcheviques orientaron su propaganda en un sentido sagazmente popular. Demandaron la

paz inmediata y demandaron el reparto de las tierras. Y le dijeron al proletariado: "Ni una ni otra cosa podrá ser hecha por un gobierno de coalición con la burguesía. Hay que reemplazar este gobierno con un gobierno proletario, con un gobierno obrero, con un gobierno de los partidos de la clase trabajadora. Este gobierno debe ser el gobierno de los Soviets". Y el grito de combate de los bolcheviques fue: '¡Todo el poder político a los Soviets!'

Los Soviets existieron desde la caída del zarismo. La palabra soviet quiere decir, en ruso, consejo. Victoriosa la Revolución, derrocado el zarismo, el proletariado ruso procedió a la organización de consejos de obreros, campesinos y soldados. Los soviets, los consejos de trabajadores de la tierra y de las fábricas, se agruparon en Soviets locales. Y los Soviets locales crearon un organismo nacional: el Congreso Pan-Ruso de los soviets. Los soviets representaban, pues, íntegramente al proletariado. En los soviets había mencheviques, socialistas revolucionarios, bolcheviques, anarquistas y obreros sin partido.

Kerensky y los socialistas revolucionarios y mencheviques no habían querido que los soviets ejercitaran directa y exclusivamente el poder. Educados en la escuela de la democracia, respetuosos del parlamentarismo, habían querido que ejercitara el poder un ministerio de coalición con los partidos burgueses, con partidos sin base en los soviets. Los órganos del proletariado no eran los órganos de gobierno. Había en Rusia una situación dual. El grito de los bolcheviques: '¡Todo el poder político a los Soviets!', no quería, por tanto, decir: '¡Todo el poder político al Partido Maximalista!'

Quería decir simplemente: '¡Todo el poder político al proletariado organizado!' Los bolcheviques estaban en minoría en los soviets, en los cuales prevalecían los socialistas revolucionarios. Pero su actividad, su dinamismo y su programa les fueron captando cada día mayores afiliados en los soviets de obreros y de soldados. Y pronto los bolcheviques llegaron a ser mayoría en los soviets de la capital y de otros centros industriales.

Kerensky, por consiguiente, no era contrario al advenimiento exclusivo de los bolcheviques al gobierno. Era contrario a que el gobierno pasase a manos del proletariado, dentro de cuyos organismos contaba aún con la mayoría.

Kerensky y sus hombres procedían así porque tenían miedo de la revolución, porque los aterrorizaba la idea de que la revolución fuese llevada a sus extremas consecuencias, a su meta final, y porque comprendían que los bolcheviques, en parte por su valimiento personal, y en parte por su programa que era el programa de las masas, acabarían por conquistar la mayoría en el seno de los soviets.

Bajo la presión de los acontecimientos políticos y las sugerencias de las potencias aliadas, el gobierno de Kerensky cometió una aventura fatal: la ofensiva del 18 de junio contra los austro-alemanes. La ofensiva militar era para Kerensky una carta arriesgada y peligrosa. Pero era, al menos, un diversivo transitorio de la opinión pública.

El gobierno de Kerensky quiso distraer hacia el frente la atención popular. Los bolcheviques impugnaron vigorosamente la ofensiva. Los bolcheviques, como ya he dicho, interpretaban los anhelos de paz de la opinión pública. Además, pensaban que la ofensiva militar entrañaba dos graves peligros para la revolución: si la ofensiva triunfaba, cosa improbable dadas las condiciones del ejército, uniría a la burguesía y a la pequeña burguesía, las fortalecería políticamente, y aislaría al proletariado revolucionario; si la ofensiva fracasaba, cosa casi segura, la ofensiva originaría una completa disolución del ejército, una retirada ruinosa, la pérdida de nuevos territorios y la desilusión del proletariado.

León Trotsky define así en su libro: De la Revolución de Octubre a la Paz de Brest Litovsk, la posición de los bolcheviques ante la ofensiva.

La ofensiva, como se había previsto, tuvo lamentables consecuencias. El ejército ruso sufrió un rudo golpe. El descontento de las masas contra Kerensky, el anhelo de la paz inmediata,

se acentuaron y se extendieron. Los bolcheviques iniciaron una violenta campaña de agitación del proletariado.

El gobierno de Kerensky reprimió, sin miramientos, esta campaña de agitación. Muchos bolcheviques fueron arrestados, otros tuvieron que huir y esconderse. Y dentro de esta situación, sobrevino la tentativa reaccionaria del general Kornilov. Empujado por la burguesía que complotaba intensamente contra la Revolución, se rebeló contra Kerensky. Pero su intencionalidad reaccionaria no tuvo eco en los soldados del frente, que deseaban la paz y miraban con hostilidad a los elementos reaccionarios, conocedores de su mentalidad chauvinista y nacionalista.

Y los obreros de Petrogrado insurgieron vigorosamente en defensa de la Revolución. La insurrección de Kornilov abortó completamente, pero sirvió para aumentar la vigilancia revolucionaria de las masas y para robustecer, consecuentemente, a los bolcheviques. Los bolcheviques redoblaron el grito: '¡Todo el poder gubernativo a los soviets!'.

Los socialistas revolucionarios y los mencheviques recurrieron entonces, para calmar, para adormecer a las masas, a una maniobra artificiosa: reunieron una conferencia democrática, asamblea mixta de los soviets y de otros organismos autónomos, cuya composición aseguraba la mayoría a Kerensky. De la conferencia democrática salió un soviet democrático. Y este soviet democrático, completado con los representantes de los partidos burgueses aliados de Kerensky, se transformó en Parlamento preliminar. Este Parlamento preliminar debía preceder a la Asamblea Constituyente. A los bolcheviques les tocaron, en el Parlamento preliminar, cincuenta puestos, pero los bolcheviques abandonaron el Parlamento preliminar. Invitaron a los socialistas-revolucionarios de izquierda, a aquellos que condividían las opiniones de Kerensky, a abandonarlo también. Pero los socialistas revolucionarios de izquierda no se decidieron a romper con Kerensky y a unirse a los bolcheviques. La situación se hizo cada vez más agitada. La atmósfera cada vez más inflamable. Veamos cómo se encendió la chispa final.

El soviet de Petrogrado, en defensa de la Revolución, había constituido un Comité Militar Revolucionario, destinado a preservar al ejército de tentativas reaccionarias como las de Kornilov. Este Comité Militar Revolucionario, organismo fundamentalmente revolucionario y proletario, vivió en pugna con el Estado Mayor de Kerensky. Kerensky conspiraba contra su existencia basándose en que no era posible que funcionasen en Petrogrado dos estados mayores.

El gobierno veía en el Comité Revolucionario el futuro foco de la revolución bolchevique. Resolvió entonces tomar una serie de medidas militares que le asegurasen el control militar de Petrogrado. Ordenó el alejamiento de Petrogrado de las tropas adictas al soviet y obedientes al Comité Militar Revolucionario, y la llamada del frente de tropas nuevas. Estas disposiciones desencadenaron la revolución bolchevique.

El 22 de octubre, el Estado Mayor de Kerensky convidó a los cuerpos de la guarnición a enviar, cada uno, dos delegados para acordar el alejamiento de las tropas revoltosas. Los cuerpos de la guarnición respondieron que no obedecerían sino una resolución del Soviet de Petrogrado. Era la declaración explícita de la rebelión.

Algunas tropas, sin embargo, se mostraban aún vacilantes. Los bolcheviques realizaron con eficaz actividad, una rápida propaganda para captarlas a su causa. El gobierno de Kerensky llamó a tropas del frente, estas tropas se pusieron en comunicación con los bolcheviques quienes les ordenaron detener su avance. Y llegó la jornada final.

El 25 de octubre las tropas de Petrogrado rodearon el Palacio de Invierno, refugio del gobierno de Kerensky, y León Trotsky, a nombre del Comité Militar Revolucionario, anunció al Soviet de Petrogrado que el gobierno de Kerensky cesaba de existir y que los poderes políticos pasaban desde ese momento a manos del Comité Revolucionario Militar, en espera de la decisión del Congreso Pan-Ruso de los Soviets.

El 26 de octubre se reunió el Congreso de los Soviets. Lenin y Zinoviev, perseguidos bajo el gobierno de Kerensky, reaparecieron, acogidos por grandes aplausos. Lenin presentó dos proposiciones: la paz y el reparto de las tierras a los campesinos. Las dos fueron instantáneamente aprobadas.

Los bolcheviques invitaron a los socialistas revolucionarios de izquierda a colaborar con ellos en la constitución del nuevo gobierno, pero los socialistas revolucionarios, vacilantes e irresolutos siempre, se excusaron de aceptar. Entonces el Partido Bolchevique asumió íntegramente la responsabilidad del gobierno. El Congreso de los Soviets encargó el poder a un Soviet de Comisarios del Pueblo.

La revolución bolchevique tuvo días de viva inquietud y constante amenaza. Los empleados y funcionarios públicos la sabotearon. Los alumnos de la Escuela Militar se insurreccionaron. Las tropas bolcheviques reprimieron esta insurrección. Kerensky, que había logrado fugar del palacio de gobierno, al frente de los cosacos del General Crasnoff amenazó a Petrogrado, pero los bolcheviques lo derrocaron en Zarskoyeselo. Y Kerensky fugó por segunda vez. Los bolcheviques enviaron mensajeros a todas las provincias comunicando la constitución del nuevo gobierno y la dación de los decretos de paz y de reparto de las tierras.

El telégrafo y los servicios de transporte boicoteaban e incomunicaban. Las tropas del frente permanecieron fieles a ellos porque eran el partido de la paz. Vino un período de negociaciones entre los Soviets y la Entente. Los Soviets propusieron a la Entente la negociación conjunta de la paz. Estas proposiciones no fueron tomadas en cuenta. Los bolcheviques se vieron obligados a dirigirse separadamente a los alemanes. Se iniciaron las negociaciones de Brest Litovsk. Antes y después de ellas hubo conversaciones entre los representantes diplomáticos de las potencias aliadas y Rusia. Pero fue imposible un acuerdo. Los aliados creían que los bolcheviques no durarían casi en el gobierno. La paz de Brest Litovsk fue inevitable.

Esta es, rápidamente sintetizada, la historia de la Revolución Rusa. Haré al final de este curso de conferencias, la historia de la República de los Soviets, la explicación de la legislación rusa, el estudio de las instituciones rusas, el análisis de la política soviética. Conforme al programa del curso, que como ya he dicho agrupa los acontecimientos con cierta arbitrariedad, pero permite su mejor comprensión global, en la próxima conferencia hablaré de la Revolución Alemana. Y llegaremos así a otro episodio sustancial, a otro capítulo primario, de la historia de la crisis mundial que es la historia de la descomposición, y de la decadencia o del ocaso de la orgullosa civilización capitalista.

Anexo B

Decima cuarta conferencia - Las instituciones del régimen ruso

Las notas del autor:

EL esquema de la constitución rusa es el siguiente: Principio: Quien no trabaja no come. Fin: supresión de la explotación del hombre por el hombre. Medio: durante la lucha decisiva del proletariado contra sus explotadores el poder debe pertenecer exclusivamente a las masas trabajadoras.

La célula del régimen sovieta es el soviet o consejo urbano y rural. Estos, soviets urbanos y rurales se agrupan primero en congreso de volost, luego en congresos distritales, en seguida en los congresos provinciales, después en los congresos regionales y finalmente en el congreso pan-ruso de los soviets, formado por delegados de los soviets urbanos (uno por cada 25,000 habitantes) y por delegados de los congresos provinciales (uno por cada 125,000 habitantes). El congreso pan-ruso se reúne dos veces al año. Designa un comité central ejecutivo que es la suprema autoridad en los intervalos entró congreso y congreso. El Comité Central Ejecutivo nombra de su seno a los comisarios del pueblo que constituyen un colegio o soviet a su vez. Los comisarios del pueblo son dieciocho.

El período de cada delegado es de tres meses. Pero todos los delegados son revocables en cualquier momento. Son electores todos los trabajadores sin distinción de sexos, nacionalidades, religiones, etc.

No existe el dualismo democrático en el régimen sovieta. Los soviets son al mismo tiempo órganos ejecutivos y legislativos. El consejo de comisarios del pueblo no es sino un comité directivo, un estado mayor de la asamblea de los soviets. El parlamento suele no corresponder, por envejecimiento, a las corrientes del instante. El soviet está en constante renovación, en constante cambio. Todas las ondulaciones de la opinión se reflejan en el soviet. El soviet es el órgano típico del régimen proletario así como el parlamento es el órgano típico del régimen democrático. Es un régimen de representación profesional y de representación de clase.

La dictadura del proletariado, por ende, no es una dictadura de partido sino una dictadura de clase, una dictadura de la clase trabajadora. Cuando se inauguró el régimen sovieta los bolcheviques no predominaban sino en los soviets urbanos, en los centros industriales. En los soviets de campesinos predominaba el partido socialrevolucionario que correspondía más exactamente a la mentalidad poco evolucionada y pequeño burgués de los campesinos. Pero los bolcheviques se atrajeron la colaboración de estas masas campesinas mediante la realización de su programa: celebración de la paz y reparto de las tierras.

La economía, la política del régimen de los soviets constituyen una transacción entre los intereses de los obreros urbanos y los intereses de los trabajadores del campo. Estos últimos no están aún educados, preparados, capacitados para el comunismo. Su actitud ha hecho necesaria por ejemplo la distribución de las tierras en vez de su gestión colectiva. Gorky mira la amenaza del porvenir en el campesino, en su egoísmo, en su ojeriza al obrero de la ciudad. La necesidad de excitar la producción hizo necesaria, por ejemplo, la libertad del pequeño comercio. En un principio, bajo el régimen de las requisiciones, los campesinos redujeron la producción, Ahora, la aumentan porque el comercio libre constituye un atractivo para ellos. Lo mismo ocurre con los obreros industriales. Les es permitido trabajar extraordinariamente para producir manufacturas destinadas al comercio libre. De esta suerte, el régimen consigue un aumento de la producción, y, en tanto que queda ésta normalizada sobre bases netamente comunistas, se confía a la iniciativa y al comercio particular de obreros y campesinos la satisfacción de las necesidades que el Estado no puede todavía atender.

La política internacional de los soviets es eminentemente pacifista. La Federación de las Repúblicas Sovietistas está constituida sobre la base del derecho de sus componentes a salir de ella. Constituye una asociación voluntaria de naciones. Rusia ha renunciado a toda reivindicación territorial en Polonia. Ha reconocido la independencia de Finlandia y de las provincias bálticas. El ejército rojo tiene por objeto sustancial la defensa de la Revolución. Es un instrumento al servicio de la revolución mundial. El ejército rojo es ahora de 600,000 hombres.

Ha salvado al régimen de los asaltos contrarrevolucionarios de Kolchak, Denikin, Judenicht, Wrangel. Y ha impuesto a las potencias europeas el abandono de la política de intervención armada en Rusia. Rusia tiene acreditada embajada en Berlín, en Varsovia, en Angora. Tiene representantes oficiosos o comerciales en Inglaterra, Italia y otros países, importantes. Ha concurrido a la Conferencia de Génova y luego a las de La Haya y Lausanne. Rusia ha concurrido, invitada oficialmente a la Feria de Lyon.

Una comisión de banqueros franceses acaba de visitar Rusia.

El bloqueo; otra arma de la Entente, ha dañado extraordinariamente la producción rusa. Y ha causado la muerte de gran número de campesinos en la región del Volga.

La educación y la instrucción, son objeto de especial cuidado. El obrero tiene acceso a la instrucción superior. En 1917 existían 23 bibliotecas en Petrogrado y 30 en Moscú: En 1919; eran 49 en Petrogrado y 85 en Moscú. Los institutos de Moscú han aumentado de 369 a 1357. La asistencia escolar que era de tres millones y medio ha aumentado a cinco millones. Se ha fundado doce mil escuelas nuevas. El número total de bibliotecas, que en 1919 era de 13,500, en 1920 era de más de 32,000. Se han creado 24 universidades obreras.

Gorky fue encargado de fundar la casa de los intelectuales, en gran parte hostiles a la Revolución. Las artes reciben estímulo. He asistido a una exposición de arte ruso en Berlín. Rusia estuvo representada abundantemente en la última exposición internacional de Venecia.

Se observa rigurosamente la jornada de ocho horas: Para los que se dedican a un trabajo nocturno la jornada es de siete horas. Cada trabajador tiene derecho a 42 horas de reposo continuo a la semana. Cada año, tiene derecho a una vacación de un mes, transitoriamente reducida a quince días. El seguro social se extiende a toda la vida del trabajador: enfermedad, desocupación, accidente, vejez y maternidad. Funciona el control obrero de la producción. Existen casas de reposo para los trabajadores. La residencia veraniega del ex gran duque Sergio en Ilinskoe es el principal sanatorio para obreros fatigados.

Las alianzas profesionales.

La atención a la infancia. Casas de salud para niños. Los niños reciben instrucción, alimento y ropa. La protección a la infancia comienza desde la maternidad. La mujer grávida tiene derecho a la asistencia desde ocho semanas antes del parto.

La mujer y los soviets. Las mujeres tienen todos los derechos políticos y civiles. La primera ministro ha sido rusa: Alejandra Kollontain. En la delegación había varias mujeres. La propaganda entre las mujeres.

El problema religioso. Separación del Estado y de la Escuela de la Iglesia. La propaganda irreligiosa.

El matrimonio y su disolución. La demanda de una sola de las partes basta para el divorcio.

La N.E.P. El Consejo de Economía Pública. Millutin. La electrificación de Rusia. Las concesiones al capital extranjero.

La polémica con los social-democráticos y con los anarquistas. La política de los sóviets ha emergido de la realidad, ha sido dictada por los hechos. En ella ha influido, finalmente, la situación general europea.

Los tribunales populares y el tribunal revolucionario.

Anexo C

Decima séptima conferencia - Elogio de Lenin

Las notas del autor:

LENIN nació en Simbirsk en 1870, hijo de un director de escuela primaria. Estudió derecho en Petrogrado, donde su hermano Alexandro —ejecutado a continuación de un atentado contra Alejandro III— lo hizo conocer El Capital. Se incorporó en el movimiento socialista y se entregó plenamente a la causa obrera. Se dedicó no sólo al estudio de las teorías sino, principalmente, al estudio directo de los problemas y del alma del obrero. Fue desde su vida de estudiante un organizador. Lo arrojaron, finalmente, de la Universidad. A renglón seguido de una huelga de textiles, fue enviado a Siberia. Allí completó sus estudios teóricos y sus observaciones prácticas sobre la cuestión social en el mundo y en Rusia. Basó su ideología en la realidad proletaria; combatió el confucionismo obrero, generado por la situación política rusa; luchó por diferenciar a los marxistas de los que no lo eran. Tomó parte en la revolución de 1905 al lado de los obreros de Moscú. En 1907 emigró a Finlandia y luego al extranjero. En esa época escribió su libro *Materialismo y Empiriocriticismo*. En 1912 estuvo en Cracovia animando el movimiento obrero. En seguida en Suiza.

En 1907 en el congreso de Stuttgart, la Internacional aprobó una moción de Lenin y de Rosa Luxemburgo que en sus conclusiones decía: «Si amenaza el estallido de una guerra es deber de la clase obrera en los países interesados, con la ayuda de la Internacional, el coordinar todos sus esfuerzos para impedir la guerra por todos los medios que le parezcan adecuados y que varían naturalmente según la intensidad de la lucha de clases y la situación política general. Si, no obstante esto, estallase la guerra, los trabajadores tienen el deber de intervenir para hacerla cesar lo más pronto posible y utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por ella para agitar a las capas populares más profundas y precipitar la caída del régimen capitalista».

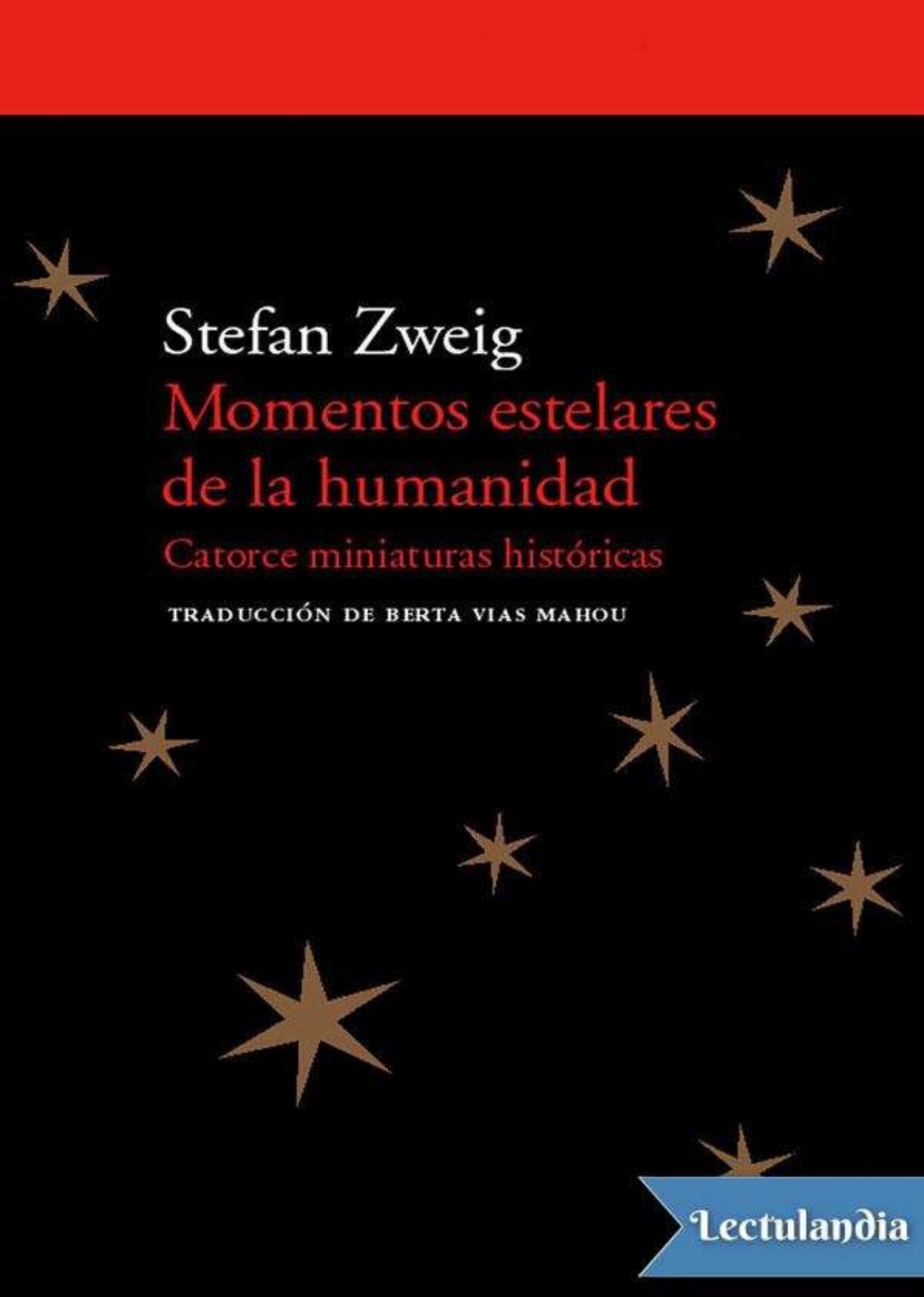
Vinieron los congresos de Zimmerwald y Khiental, durante la guerra, a donde acudieron las fracciones sindicales y socialistas fieles a esos principios. Ahí empezó a germinar la Tercera Internacional.

El rol de Lenin en la revolución rusa.

Sus libros: *La Revolución y el Estado*, *El extremismo, enfermedad de infancia del comunismo*, *La dictadura del proletariado y el renegado Kautsky*, *La lucha por el pan*, *La obra de reconstrucción de los soviets*, *Apuntes críticos sobre una filosofía reaccionaria* y otras.

Su colaboración en *Pravda*, *Izvestia* y la revista de la III Internacional.

Las páginas de Sorel *Defensa de Lenin* en su libro *Reflexiones sobre la violencia*.



Stefan Zweig

Momentos estelares
de la humanidad

Catorce miniaturas históricas

TRADUCCIÓN DE BERTA VIAS MAHOU

Lectulandia

Éste es probablemente el libro más famoso de Stefan Zweig. En él lleva a su cima el arte de la miniatura histórica y literaria. Muy variados son los acontecimientos que reúne bajo el título de *Momentos estelares: el ocaso del imperio de Oriente*, en el que la caída de Constantinopla a manos de los turcos en 1453 adquiere su signo más visible; el nacimiento de *El Mesías* de Händel en 1741; la derrota de Napoleón en 1815; el indulto de Dostoievski momentos antes de su ejecución en 1849; el viaje de Lenin hacia Rusia en 1917... «Cada uno de estos momentos estelares —escribe Stefan Zweig con acierto— marca un rumbo durante décadas y siglos», de manera que podemos ver en ellos unos puntos clave de inflexión de la historia, que leemos en estas catorce miniaturas históricas con la fascinación que siempre nos produce Zweig.

EL TREN SELLADO

LENIN, 9 DE ABRIL DE 1917

EL HOMBRE QUE VIVE EN CASA
DEL ZAPATERO REMENDÓN

El pequeño remanso de paz de Suiza, por todas partes azotado por la marea viva de la guerra mundial, se convierte durante los años de 1915, 1916, 1917 y 1918, sin interrupción, en el escenario de una emocionante novela policíaca. En los hoteles de lujo, los enviados de las potencias enemigas, que hace un año jugaban amistosamente al *bridge* y se invitaban unos a otros a sus respectivas casas, se cruzan ahora fríamente y como si no se conocieran de nada. De sus habitaciones se escurre todo un enjambre de impenetrables figuras. Delegados, secretarios, agregados, comerciantes, damas cubiertas o descubiertas, todos ellos con encargos misteriosos. Delante de los hoteles estacionan lujosos automóviles con emblemas extranjeros, de los que se bajan industriales, reporteros, grandes músicos y turistas aparentemente ocasionales. Pero casi todos tienen una única misión: enterarse de algo, atisbar algo. Y tanto el mozo que les acompaña hasta las habitaciones como la chica que las limpia, son instigados a observar, a estar al acecho. Por todas partes, las organizaciones actúan unas contra otras. En las fondas, en las pensiones, en las oficinas de correos, en los cafés. Lo que se denomina propaganda es la mitad de las veces espionaje. Lo que adopta el aire del amor, traición. Y cada negocio al descubierto de cualquiera de esos apresurados forasteros encubre un segundo y un tercero. Todo es notificado. Todo, controlado. En cuanto un alemán de cierto rango entra en Zúrich, ya lo sabe la embajada rival en Berna. Y una hora después, la de París. Día tras día, los pequeños y grandes agentes envían volúmenes enteros de informes auténticos o falsos a los agregados. Y éstos los reexpiden. Todas las paredes son de cristal. Los teléfonos están intervenidos. Con el contenido de las papeleras y el de las hojas de papel secante se reconstruye cualquier correspondencia. Y al final la confusión llega hasta el absurdo de que muchos no saben ya lo que son: si cazadores o cazados, espías o espiados, traicionados o traidores.

Únicamente sobre un hombre hay pocos informes en aquellos días. Tal vez porque pasa desapercibido y porque no se aloja en los hoteles elegantes, ni se sienta en los cafés, ni asiste a las sesiones de propaganda, sino que con su mujer vive por completo retirado en casa de un zapatero remendón. Se aloja justo detrás del Limmat, en la estrecha, vieja y retorcida Spiegelgasse, en el segundo piso de una de esas sólidas casas de techos abovedados de la parte antigua de la ciudad, ahumada en parte por el tiempo, en parte por la pequeña fábrica de embutidos que se encuentra en el patio. La mujer de un panadero, un italiano y un actor austriaco son sus vecinos. Lo que saben de él los inquilinos de la casa es que no es muy hablador. Y poco más. Que

es ruso y que su nombre resulta difícil de pronunciar. Que hace muchos años huyó de su patria y que no dispone de grandes riquezas, ni está metido en ningún negocio lucrativo, lo sabe la patrona por las frugales comidas y el gastado guardarropa de la pareja, que con todos sus enseres apenas llenan el pequeño cesto que traían consigo cuando llegaron.

Ese pequeño hombre bajo y corpulento es tan poco llamativo y vive tan discretamente como le es posible. Evita la sociedad. Rara vez se encuentran los vecinos con la mirada penetrante y oscura de sus estrechos ojos. Rara vez tiene visita. Pero con regularidad, día tras día, todas las mañanas hacia las nueve, va a la biblioteca y se queda allí hasta que dan las doce. Justo diez minutos después de las doce está otra vez en casa. Y diez minutos antes de que dé la una abandona la casa, para otra vez llegar el primero a la biblioteca, donde se queda hasta las seis de la tarde. Pero como las agencias de noticias sólo prestan atención a la gente que habla mucho y no saben que los hombres solitarios, que siempre están leyendo y aprendiendo, son los más peligrosos a la hora de revolucionar el mundo, nadie escribe un solo informe sobre ese hombre que pasa desapercibido y que vive en casa del zapatero remendón. En los círculos socialistas, por otra parte, se tiene puntual información sobre él. Que ha sido redactor en Londres de una pequeña y radical revista rusa de la emigración y que en San Petersburgo se le considera el líder de algún extraordinario partido de nombre impronunciable. Pero como habla con dureza y desdén de los más prestigiosos miembros del partido y declara que sus métodos son equivocados, como se muestra inabordable y por lo tanto inconciliable, no se preocupan demasiado por él. A las asambleas que organiza algunas noches en un café proletario asisten a lo sumo entre quince y veinte personas, en su mayoría jóvenes. Y así, se tolera a este hombre huraño como a todos los emigrantes rusos, que se calientan la cabeza con mucho té e infinitas discusiones. Nadie tiene al pequeño hombre de frente estrecha por influyente. Ni tres docenas de personas en Zúrich consideran importante aprenderse el nombre de ese tal Vladímir Ilich Uliánov, el hombre que vive donde el zapatero remendón. Y si entonces uno de esos flamantes automóviles que en muy poco tiempo corren a toda velocidad de una embajada a otra, hubiera atropellado a ese hombre en la calle, dejándole muerto, el mundo no lo conocería, ni bajo el nombre de Uliánov ni bajo aquel otro de Lenin.

CONSUMACIÓN...

Un día, el 15 de marzo de 1917, el encargado de la biblioteca de Zúrich se queda perplejo. Las agujas marcan las nueve y el lugar en el que todos los días se sienta el más puntual entre todos los que sacan libros en préstamo está vacío. Dan las nueve y media, las diez. El incansable lector no viene. Y no vendrá nunca más, pues en el camino hacia la biblioteca un amigo ruso le ha abordado, mejor dicho, le ha asaltado con la noticia de que en Rusia ha estallado la revolución.

Al principio, Lenin no puede creerlo. Está como aturdido por la noticia. Pero después con sus pequeños y precisos pasos corre al asalto del quiosco a la orilla del lago. Y tanto allí como ante la redacción del periódico espera hora tras hora, día tras día. Es cierto. La noticia es cierta, y cada día que pasa es para él más espléndidamente cierta. Al principio, sólo el rumor de una revolución palaciega y aparentemente sólo un cambio de ministros. Después, la deposición de los zares, la implantación de un gobierno provisional, la Duma, la libertad rusa, la amnistía de los presos políticos. Todo aquello con lo que ha soñado durante años. Todo aquello por lo que desde hace veinte años ha trabajado en una organización secreta, en el calabozo, en Siberia, en el exilio, se ha consumado por fin. Y por una vez le parece que los millones de muertos que esa guerra ha exigido no han muerto en vano. Ya no le parecen víctimas sin sentido, sino mártires del nuevo reino de la libertad, de la justicia y de la paz eterna que ahora despunta. Este visionario, por lo general sereno, frío y calculador, se siente como si estuviera bebido. Y cómo se estremecen y gritan de júbilo otros cientos de emigrantes en sus humildes viviendas de Ginebra, de Lausana y de Berna con la buena noticia. ¡Pueden volver a Rusia! Pueden volver sin pasaportes ni nombres falsos y sin poner en peligro su vida, como ciudadanos libres. Y no al imperio de los zares, sino a un país libre. Ya preparan su escaso equipaje, pues en los periódicos aparece este lacónico mensaje de Gorki: «¡Volved todos a casa!» De todas partes envían cartas y telegramas. ¡Volved a casa! ¡Volved a casa! ¡Agrupaos! ¡Uníos! Para empeñar de nuevo su vida en la obra a la que se han dedicado desde el momento en que tuvieron uso de razón: la revolución rusa.

... Y DECEPCIÓN

Pero al cabo de unos días tienen que reconocer consternados que la revolución rusa, cuya noticia ha elevado sus corazones como con aleteos de águila, no es la revolución con la que soñaban, ni tampoco una revolución rusa. Ha sido un motín palaciego contra los zares, urdido por diplomáticos ingleses y franceses para impedir que los zares firmaran la paz con Alemania. Tampoco se trata de la revolución del pueblo, que quiere esa paz y sus derechos. No es la revolución para la que han vivido y por la que están dispuestos a morir, sino una intriga de los partidos en guerra, de los imperialistas y de los generales que no quieren verse contrariados en sus planes. Lenin y los suyos pronto reconocen que aquella promesa de que todos tenían que regresar, no vale para quienes desean la verdadera, la radical revolución marxista. Miliukov y los otros liberales ya se han encargado de impedirles el regreso. Y mientras los moderados, los socialistas como Plejánov, útiles para una prolongación de las hostilidades, son trasladados de la manera más amable por Inglaterra con torpederos y con escolta de honor hasta San Petersburgo, Trotski es retenido en Halifax y los demás radicales, en la frontera. En las fronteras de todos los estados de la Entente hay listas negras con los nombres de todos aquellos que han participado en

el Congreso de la III Internacional en Zimmerwald. Desesperado, Lenin envía telegrama tras telegrama a San Petersburgo, pero son interceptados o quedan sin despachar. Lo que no saben en Zúrich y prácticamente nadie en toda Europa, lo saben muy bien en Rusia: lo fuerte, lo enérgico, lo perseverante y mortalmente peligroso que resulta Vladímir Ilich Lenin para sus adversarios.

La desesperación de los que, impotentes, están retenidos no tiene límite. Desde hace años y años han proyectado estratégicamente su revolución rusa en incontables reuniones del alto Estado Mayor en Londres, París, Viena. Han evaluado, probado de antemano y discutido a fondo cada detalle de la organización. Durante decenios, en sus revistas han sopesado una por una las dificultades, los riesgos, las posibilidades, tanto desde el punto de vista teórico como práctico. Toda su vida este hombre ha meditado minuciosamente un complejo de ideas, revisándolo una y otra vez y llevándolo a las más terminantes formulaciones. Y ahora, como él está retenido aquí, en Suiza, quienes han puesto la idea sagrada de la liberación del pueblo al servicio de naciones e intereses extranjeros aguarán y echarán a perder su revolución. En una curiosa analogía, Lenin vive en esos momentos el mismo destino que Hindenburg durante los primeros días de la guerra, que estuvo durante cuarenta años operando y ejercitando a las tropas para la campaña rusa y que cuando estalló la guerra tuvo que quedarse en casa, vestido de civil, marcando con banderines en un mapa los progresos y errores de los generales movilizados. En esos días de desesperación, Lenin, por lo general un férreo realista, pondera y da vueltas a los más disparatados y fantásticos sueños. ¿No podría ir al aeropuerto y sobrevolar Alemania o Austria? Pero ya el primero que se ofrece a prestarle ayuda, se revela como un espía. Las ideas de fuga son cada vez más descabelladas y más confusas. Escribe a Suecia para que le faciliten un pasaporte sueco, pretendiendo hacerse pasar por mudo, para no tener que dar ninguna información. Claro está que a la mañana siguiente, tras todas esas noches de desvarío, Lenin se reconoce siempre a sí mismo que son alucinaciones irrealizables. Pero, esto lo sabe también a pleno día, tiene que regresar a Rusia, tiene que hacer su revolución, en lugar de la de los otros. La verdadera y justa, en lugar de la política. Tiene que regresar, y pronto, a Rusia. Regresar, ¡cueste lo que cueste!

A TRAVÉS DE ALEMANIA, ¿SÍ O NO?

Suiza está encajonada entre Italia, Francia, Alemania y Austria. Como revolucionario, Lenin tiene a través de los países aliados el camino cortado. Como súbdito ruso, miembro, por tanto, de una potencia enemiga, por Alemania y Austria. Pero se produce una situación absurda y es que a Lenin le cabe esperar más facilidades por parte del emperador alemán que del ruso Miliukov o del francés Poincaré. Alemania, en vísperas de la declaración de guerra por parte de Estados Unidos, necesita la paz con Rusia a cualquier precio. Así, un revolucionario, que crea allí dificultades a los representantes de Inglaterra y de Francia, no puede ser para

ellos más que un oportuno colaborador.

Pero ese paso supone una enorme responsabilidad: entablar de repente negociaciones con la Alemania imperial, a la que en sus escritos ha denostado y amenazado cientos de veces. Pues hasta la fecha, poner el pie en un país rival y cruzarlo, en mitad de la guerra y con el consentimiento del Estado Mayor enemigo, desde el punto de vista moral es por supuesto alta traición. Y Lenin, sin duda alguna, tiene que saber que con ello primeramente compromete a su propio partido y a su causa; que será sospechoso, que será enviado a Rusia como agente contratado y pagado por el gobierno alemán y que, en caso de que pueda poner en práctica su programa de una paz inmediata, la Historia le cargará eternamente con la culpa de haber impedido que Rusia obtuviera la auténtica paz, la de la victoria. Naturalmente, no sólo los revolucionarios más moderados, también la mayor parte de los correligionarios de Lenin, se quedan horrorizados al ver cómo hace pública su disposición a recurrir en caso necesario a esa vía, la más peligrosa y la más comprometedora de todas. Estupefactos, insisten en que hace tiempo que se han establecido negociaciones con los socialdemócratas suizos para organizar la repatriación de los revolucionarios rusos por la vía legal y neutral del intercambio de prisioneros. Pero Lenin prevé lo tedioso de esa vía, con qué artificios y segundas intenciones el gobierno ruso retrasará su regreso hasta el infinito, cuando él sabe que cada día, cada minuto es decisivo. Sólo ve el objetivo, mientras que los demás, menos cínicos y menos audaces, no se atreven a cometer una acción que según todas las leyes vigentes y desde todos los puntos de vista es una traición. Pero Lenin, en el fondo de su alma, está decidido, y bajo su responsabilidad inicia personalmente las negociaciones con el gobierno alemán.

EL PACTO

Precisamente porque es consciente de lo sensacional y provocativo de su paso, Lenin procede con la mayor franqueza posible. A instancias suyas, el secretario del sindicato suizo Fritz Platten se presenta ante el representante diplomático alemán, que ya antes ha negociado con los emigrantes rusos en general, y le expone las condiciones de Lenin. Y es que ese insignificante y desconocido refugiado, como si pudiera presentir su autoridad futura, en modo alguno hace una petición al gobierno alemán, sino que presenta las condiciones bajo las cuales los viajeros estarían dispuestos a aceptar la amabilidad del gobierno alemán: que se reconozca al vehículo en el que viajen el derecho de extraterritorialidad; que ni a la entrada ni a la salida se podrán practicar controles de pasaporte o de personas; que ellos mismos pagarán su viaje según las tarifas normales; y que no se podrá ordenar, así como tampoco llevar a cabo por propia iniciativa, el abandono del vehículo. El ministro Romberg transmite estas noticias que llegan a manos de Ludendorff, quien sin duda alguna las apoya, si bien en sus memorias no se encuentra una sola palabra sobre esa decisión histórica,

tal vez la más importante de su vida. En algunos detalles, el ministro trata de conseguir algunos cambios, pues Lenin ha redactado el expediente a propósito de un modo tan ambiguo que en el tren no sólo podrían viajar los rusos de manera incontrolada, sino también un austriaco como Radek. Pero, al igual que Lenin, también el gobierno alemán tiene prisa, pues ese mismo día, el 5 de abril, los Estados Unidos de América declaran la guerra a Alemania.

Y así, el 6 de abril al mediodía, Fritz Platten recibe esta curiosa respuesta: «Asunto dispuesto según lo deseado.» El 9 de abril de 1917, a las dos y media, desde el restaurante Zähringerhof una pequeña tropa de gente mal vestida y cargada de maletas se dirige a la estación de Zúrich. En total son treinta y dos personas, incluyendo mujeres y niños. De los hombres, sólo han quedado los nombres de Lenin, Sinoviev y Radek. Todos juntos han tomado un frugal almuerzo. Y juntos han firmado un documento en el que afirman conocer el comunicado del *Petit Parisien*, según el cual el gobierno provisional ruso tiene intención de tratar como reos de alta traición a las personas que viajen a través de Alemania. Con letra torpe y poco fluida han firmado que ellos mismos cargan con toda la responsabilidad de ese viaje y que han admitido las condiciones. En silencio, decididos, se preparan para el histórico viaje.

Su llegada a la estación apenas se nota. No han acudido reporteros ni fotógrafos, pues ¿quién conoce en Suiza a ese tal Uliánov, que con el sombrero aplastado, envuelto en un abrigo raído y con unas pesadas y ridículas botas de montaña —las lleva hasta Suecia—, en medio de una tropa de hombres y mujeres cargados con cajas y cestos, silencioso y sin llamar la atención, busca un asiento en el tren? Esas gentes no son muy distintas de los incontables emigrantes que, desde Yugoslavia, Rutenia o Rumanía, suelen sentarse aquí en Zúrich sobre sus baúles de madera, para descansar durante un par de horas, antes de que les obliguen a continuar viaje hasta el litoral francés y de allí a ultramar. El Partido Obrero Suizo, que desapruaba la salida de esos hombres, no ha enviado a ningún representante. Sólo han venido unos cuantos rusos para enviar saludos y algunos víveres a la patria. Otros, para, en el último momento, persuadir a Lenin para que no haga «el insensato y criminal viaje». Pero la decisión está tomada. A las tres y diez, el revisor da la señal. Y el tren se pone en marcha en dirección a Gottmadingen, la estación fronteriza alemana. Las tres y diez. Desde ese momento, el reloj del mundo da la hora con otro ritmo.

EL TREN PRECINTADO

Durante la guerra mundial millones de balas alcanzaron su objetivo. Los ingenieros idearon los proyectiles más violentos, más potentes y de más largo alcance. Pero ninguno lo tuvo mayor ni fue más decisivo para la historia reciente que ese tren que, cargado con los más peligrosos y más decididos revolucionarios del siglo y procedente de la frontera suiza, atraviesa silbando toda Alemania, para llegar a San

Petersburgo y allí hacer que el orden de la época salte en pedazos.

Ese singular proyectil se encuentra en Gottmadingen, sobre los raíles. Un coche de segunda y de tercera, en el que las mujeres y los niños ocupan la segunda y los hombres la tercera. Una raya en el suelo hecha con tiza marca la zona neutral de soberanía rusa frente al compartimiento de los dos oficiales alemanes que acompañan a ese transporte de ecrasita viva. El tren avanza durante la noche sin contratiempos. Sólo en Frankfurt es asaltado de pronto por soldados alemanes que han oído hablar del paso de los revolucionarios rusos. En otra ocasión, se aborta un intento de los socialdemócratas alemanes de comunicarse con los viajeros. Lenin sabe las sospechas que infundirá si, estando en suelo alemán, intercambia una sola palabra con un ciudadano de ese país. En Suecia les dan una solemne bienvenida. Muertos de hambre, se abalanzan sobre la mesa del desayuno que les han preparado los suecos y cuyo *smörgas* les parece un increíble milagro. Y ahora Lenin tiene que dejar que le compren unos zapatos, en lugar de sus pesadas botas, y un par de trajes. Por fin han alcanzado la frontera rusa.

EL PROYECTIL ALCANZA SU OBJETIVO

El primer gesto de Lenin en suelo ruso es característico. No se fija en las personas, sino que antes que nada se lanza sobre los periódicos. Durante catorce años no ha pisado Rusia, no ha visto su tierra, ni la bandera, ni el uniforme de los soldados. Pero, a diferencia de los otros, a este inquebrantable ideólogo no se le saltan las lágrimas. No abraza, como las mujeres, a los desprevenidos soldados, a los que cogen por sorpresa. El periódico. Primero, el periódico, el *Pravda*, para comprobar si el diario, su diario, se atiene de modo suficientemente resuelto a la opinión internacional. Con rabia, arruga el periódico. No, aún no. Aún hay demasiada patriotería, demasiado patriotismo. Aún no hay, desde su punto de vista, suficiente revolución pura. Siente que es el momento de cambiar el rumbo y de hacer avanzar la idea de su vida para triunfar o sucumbir. Pero, ¿es el momento? Última preocupación, último temor. En Petrogrado —que así se llama aún la ciudad, aunque ya no por mucho tiempo—, ¿no hará Miliukov que le encierren enseguida? Los amigos, que han viajado con él en el tren, Kámenev y Stalin, muestran una singular y misteriosa sonrisa en el oscuro compartimiento de tercera clase, iluminado por un vacilante cabo de vela. No contestan. O no quieren contestar.

Pero la respuesta que entonces le da la realidad no tiene precedentes. Cuando el tren entra en la estación finlandesa, en la enorme explanada delantera hay cientos de miles de trabajadores. Guardias de honor de todos los batallones y regimientos aguardan al que regresa del exilio. Suena *La Internacional*. Y cuando aparece Vladímir Ilich Uliánov, el hombre que antes de ayer aún vivía en casa del zapatero remendón, es agarrado por cientos de manos y subido a un tanque. Desde las casas y desde la fortaleza, los proyectores le enfocan a él, que desde el carro blindado dirige

su primer discurso al pueblo. Las calles tiemblan. Y pronto empiezan los «diez días que conmocionaron el mundo». El proyectil ha alcanzado y destruido un imperio, un mundo.

Edmund Wilson

Hacia la estación de Finlandia

Ensayo sobre la forma de escribir
y hacer la historia



Lectulandia

En este relato repleto de romance, idealismo, intriga y conspiración, historia intelectual a gran escala, Edmund Wilson rastrea las ideas revolucionarias que dieron forma al mundo moderno desde la Revolución francesa hasta la llegada de Lenin en 1917 a la estación de Finlandia en San Petersburgo. Es una crónica viva y de gran envergadura a la que subyace una idea singular y capaz de cambiar la historia: que es posible construir una sociedad basada en la justicia, la igualdad y la libertad. Anarquistas, socialistas, nihilistas y utópicos cobran vida en estas páginas, y sus ideas permanecen tan provocadoras y relevantes hoy como lo fueron en su tiempo. Se trata de un libro absolutamente actual, que se puede leer y releer como las grandes novelas, y que, con los años transcurridos desde su publicación, ha ganado encanto y vigor, igual que las obras maestras literarias.

6.- LENIN EN LA ESTACIÓN DE FINLANDIA

El 22 de enero de 1917, en una conferencia sobre la Revolución de 1905, Lenin dijo a un auditorio de jóvenes: «Tal vez nosotros, los de la vieja generación, no lleguemos a ver las batallas decisivas de la revolución que se está aproximando». El 15 de febrero escribió a su hermana María para informarse sobre una suma de dinero que le habían enviado desde Rusia sin más explicación: «Nadie me toma el pelo; dice que he empezado a cobrar la pensión. Es una broma graciosa, porque la vida es terriblemente cara y mi capacidad de trabajo extremadamente baja a causa del mal estado de mis nervios».

El matrimonio había estado viviendo de una pequeña herencia que había recibido la madre de Krúpskaia. Un corredor de Viena se había quedado con la mitad por hacerles la transferencia en tiempos de guerra, y no les había quedado mucho más del equivalente a mil dólares. Sus fondos eran tan exigüos en 1917 que Lenin trató de que su cuñado, que vivía en Rusia, gestionara la publicación de una «enciclopedia pedagógica» que escribiría Krúpskaia.

Se alojaron primero en Zurich, en una pensión. «A Ilich le gustaba la sencillez del servicio, el que le sirvieran el café en una taza con el asa rota, que comiésemos en la cocina, que la conversación fuera sencilla». Pero resultó que aquello era un nido de hampones. Allí vivían una prostituta, que «hablaba abiertamente de su profesión», y un hombre que, pese a que «no hablaba mucho», revelaba «en las pocas frases que pronunciaba que era un tipo casi criminal». Aunque aquella gente les interesaba, Krúpskaia insistió en que debían mudarse, por temor a verse envueltos en algún lío. Se fueron a vivir con la familia de un zapatero; alquilaron una sola habitación, en una casa vieja y lúgubre que databa casi del siglo XVI. Podían haber obtenido por el mismo dinero una habitación mejor. Enfrente había una fábrica de salchichas; y el olor era tan nauseabundo que solo podían abrir las ventanas a altas horas de la noche. Pasaban la mayor parte del tiempo en la biblioteca. Pero Vladímir Ilich no quiso marcharse después de oír a la patrona que «los soldados deberían volver sus fusiles contra sus gobiernos». A menudo, solo tenían de comida gachas de avena; cuando estaban quemadas, Lenin solía decir a la patrona: «Usted ve, vivimos a lo grande. Tenemos asado todos los días».

Los años —según escribió Vladímir a su hermana— habían dejado profunda huella en sus nervios. Había sido duro, después de 1905, volver al destierro; y eso había ocurrido hacía doce años. Sus camaradas sufrían trastornos más graves incluso que los que habían producido los encarcelamientos de la década de 1890. Uno de ellos enloqueció en la propia casa de Lenin; en sus alucinaciones veía a su hermana, que había sido ahorcada. Otro enfermó de tuberculosis mientras cumplía una condena en un batallón de castigo; lo enviaron a Davos, pero, a pesar de todo, murió. Otro, un superviviente de la insurrección de Moscú, fue a verles un día y «empezó a hablar en forma excitada e incoherente de carretas llenas de haces de trigo y de hermosas muchachas». Vladímir se quedó haciéndole compañía mientras Nadia iba a buscar un psiquiatra, quien diagnosticó que el hombre se estaba volviendo loco por inanición; algún tiempo después se ató piedras a los pies y al cuello y se tiró al Sena. Otro, un antiguo obrero industrial, a quien por sus actividades políticas le resultaba difícil encontrar trabajo y no podía mantener a su mujer y a sus hijos, terminó por convertirse en un *agente provocateur*. Se dio a la bebida y una noche echó a su familia de la casa, cegó la chimenea y encendió la estufa: a la mañana siguiente lo encontraron muerto. Ahora, los exiliados estaban rodeados de espías de nuevo tipo: no se trataba de la antigua ralea de policías con aire de tal, que solían permanecer de plantón en las esquinas y a quienes se podía despistar fácilmente, sino de jóvenes entusiastas que infundían confianza y que se introducían en el aparato del partido.

Cuando visitaron, algunos años antes, a los Lafargue en París, Krúpskaia, un poco excitada al hallarse en presencia de la hija de Marx, balbuceó de forma más bien incoherente algunas reflexiones acerca del papel que las mujeres desempeñaban en el movimiento revolucionario; la conversación decayó. Lenin habló a Lafargue sobre el libro (*Materialismo y empiriocriticismo*) que estaba escribiendo contra los místicos marxistas, y Lafargue se mostró de acuerdo en que la religión era una falacia. Laura miró a su marido y dijo: «Pronto demostrará la sinceridad de sus convicciones». A Lenin le impresionó profundamente la noticia del suicidio de los Lafargue. «Si uno no puede ya trabajar para el partido —dijo entonces a Krúpskaia— se debe tener el valor de mirar la verdad de frente y morir como lo hicieron los Lafargue»

Elizavéta Vasílevna, su suegra, solía decir a la gente: «Terminará por matar a Nadiúsha y por matarse a sí mismo con esa vida que lleva». La madre de Krúpskaia murió en 1915. El año anterior había querido ir a Rusia, pero no

pudo hacerlo porque no había allí nadie para cuidarla. Poco antes de su muerte, dijo a Nadia: «Esperaré hasta que pueda ir con vosotros». Elizavéta Vasílevna había trabajado duramente para los camaradas que iban y venían, había cosido en las faldas y chalecos «refuerzos» que servían para pasar de contrabando literatura clandestina, y había preparado infinidad de cartas que llevaban mensajes escritos entre líneas. Vladímir solía comprarle regalos para hacerle la vida más agradable; en cierta ocasión en que su suegra no había hecho provisión de cigarrillos para un día de fiesta, buscó por toda la ciudad hasta encontrárselos. Elizavéta Vasílevna siempre se consideró una creyente, y no solía hablar con su hija y con su yerno de temas religiosos; sin embargo, un día dijo de pronto, poco antes de morir: «Cuando joven era religiosa, pero a medida que han pasado los años y he aprendido las cosas de la vida he visto que todo eso no tenía ningún sentido». Y pidió ser incinerada después de su muerte. Falleció en un cálido día de marzo después de un paseo durante el cual ella y su hija permanecieron sentadas durante media hora en un banco del bosque de Berna.

La propia Krúpskaia enfermó después de la muerte de su madre. Era la agravación de una dolencia que por vez primera le había asaltado en 1913. Algo le fallaba en el corazón y le temblaban las manos. El doctor diagnosticó que tenía el corazón débil y que sus nervios no andaban bien. La mujer del zapatero, que le hacía la compra —vivían entonces en Cracovia—, se indignó: «¿Quién ha dicho que padece usted de los nervios? ¡Las señoras elegantes son las que sufren de los nervios y rompen la vajilla!». Nadia comprobó que no podía trabajar, y Vladímir se la llevó a descansar a la montaña. Resultó que tenía bocio exoftálmico. A Nadia siempre le había molestado un poco que la gente dijera que parecía un pescado. En una de sus primeras cartas allá en su juventud, se quejaba de que Ana, la hermana de Vladímir, hubiera dicho que tenía aspecto de arenque; sus nombres clandestinos habían sido «Lamprea» y «Pez»; una vez oí a cierta señora que la había visitado en el Kremlin describirla como «un viejo bacalao».

Ahora, el bocio, al hincharle el cuello y ocasionar la protuberancia de los ojos, intensificaba el efecto. Vladímir logró que la operaran en Berna; la intervención, sin anestesia, resultó difícil y duró tres horas; Lenin quedó muy impresionado, como siempre que tenía que ser testigo del sufrimiento ajeno. Las cartas de Lenin a lo largo de todo este período ponen de manifiesto la tensión que le producía la enfermedad de Nadia.

Un día de mediados de marzo, inmediatamente después de comer y cuando Nadia había fregado ya los platos e Ilich se disponía a ir a la

biblioteca, entró un camarada polaco gritando: «¿No han oído las noticias? ¡Ha estallado la revolución en Rusia!».

Esta vez la marea de las derrotas de la Gran Guerra había derribado las barreras que habían contenido la revolución en 1905. Rusia había perdido las minas de carbón y las fábricas de Polonia, y la mitad de la producción del país se destinaba a fines militares. El 22 de enero, aniversario de la manifestación del Padre Gapón, 150.000 trabajadores de Petrogrado se declararon en huelga; el 8 de marzo estalló otra huelga general, y los trabajadores se lanzaron a la calle. En esta ocasión, el ejército, formado en su inmensa mayoría por reclutas de origen campesino, no pudo ser movilizadado contra los obreros. Incluso los cosacos, y hasta el regimiento Semiónovski, el mismo que había reprimido la insurrección de Moscú en 1905, se pusieron del lado de los rebeldes. El pueblo estaba harto de la guerra y había perdido por completo su confianza en el zar; la familia real, dominada por Rasputin, trataba en secreto de firmar la paz con los alemanes; los grandes terratenientes y la burguesía, interesados en continuar la guerra, también deseaban liberarse de la autocracia. El zar se había marchado al Cuartel General para permanecer alejado de los disturbios; y cuando quiso regresar a Petrogrado, los trabajadores ferroviarios detuvieron el tren. Toda la maquinaria de la monarquía se paralizó: el zar fue obligado a abdicar mediante telegrama y pocos días después fue arrestado. Intentó disolver la IV Duma, como había hecho con las anteriores, pero esta vez los diputados se negaron a disolverse y formaron un Comité Provisional que designó, a su vez, un gobierno provisional. El Soviet de Trabajadores, con un Comité Ejecutivo que incluía mencheviques y bolcheviques, resucitó del sueño en que se hallaba sumido desde 1905, como si fuera una de las víctimas de Koshchéi, el encantador inmortal del cuento tradicional ruso, muerto finalmente al cascar un huevo. El Comité Ejecutivo decidió incluir al ejército dentro del Soviet y convertirlo en un Soviet de diputados de trabajadores y soldados.

Lenin no tenía más información que la que los periódicos extranjeros le suministraban; pero, a través de los confusos y tendenciosos despachos, logró comprender los factores fundamentales de los acontecimientos. En los pocos artículos que escribió para *Pravda* —que había vuelto a publicarse— antes de regresar a Rusia, expuso los presupuestos generales sobre los que descansaría su actuación posterior. Compartían el poder dos órganos: el Gobierno Provisional y el Soviet de Petrogrado, los cuales representaban dos grupos de intereses irreconciliables entre sí. El Soviet era el portavoz del pueblo, que quería paz, pan, libertad y tierra. El Gobierno Provisional, pese a que

proclamara otra cosa, estaba formado por elementos de la burguesía, cuya tendencia hacia el liberalismo se circunscribía al deseo de desembarazarse de los Románov: el ministro de Guerra y Marina era Guchkóv, un gran terrateniente e industrial de Moscú; el ministro de Asuntos Exteriores era Miliúkov, profesor de Historia y fundador del Partido Cadete, principal dirigente de la burguesía rusa, y el ministro de Justicia era un joven abogado, apenas algo más a la izquierda que los cadetes. Se trataba del hijo del viejo Kérenski, aquel director de *gimnaziya* de Simbirsk que, como vimos, había dado buenas referencias de Vladímir Uliánov después de la ejecución de su hermano y asegurado a las autoridades que su madre le mantendría alejado de la política. Kérenski hijo se había convertido en un orador de éxito, de estilo retórico y emocional, muy mimado por las señoras de Petrogrado, que acariciaba la convicción casi mística de ser un elegido destinado a desempeñar un papel ilustre.

Tal gobierno, afirmó Lenin, nunca podría dar al pueblo lo que este quería. No podía darle la paz, porque dependía de la ayuda de Francia e Inglaterra y se había comprometido a proseguir la guerra: jamás había pronunciado una palabra para repudiar la política imperialista que perseguía la anexión de Armenia, Galitzia y Turquía, así como la conquista de Constantinopla. Tampoco podía dar pan al pueblo, porque el único medio de hacerlo implicaba la violación del carácter sacrosanto del capital y de la propiedad de la tierra, y la burguesía, por definición, estaba obligada a defender el principio de la propiedad. Y tampoco podía darle libertad porque era el gobierno de esos mismos terratenientes y capitalistas que siempre había temido al pueblo. Los únicos aliados posibles del Soviet eran: en primer lugar, los pequeños campesinos y demás grupos empobrecidos de Rusia; y en segundo lugar, el proletariado de las otras naciones beligerantes.

La Revolución se encontraba todavía en su primera fase transitoria; todavía tenía que arrebatar el poder de manos de la burguesía. Los trabajadores, los campesinos y los soldados tenían que organizarse a lo ancho de toda Rusia bajo la dirección del Soviet de Petrogrado. Tenían que liquidar a la antigua policía y establecer una «milicia del pueblo»; milicia que se encargaría de distribuir los víveres que hubiera, procurando «que todos los niños tengan una botella de leche pura y que ningún adulto de familia rica se atreva a tomar una ración extraordinaria de leche en tanto que todos los niños no hayan sido alimentados» y «que los palacios y las lujosas mansiones dejadas por el zar y la aristocracia no queden vacíos, sino que alberguen a los necesitados y sin hogar». «Una vez que haya asumido todo el poder, el Soviet

deberá declarar que no se hace responsable de los tratados firmados por la monarquía o por cualquier gobierno burgués, y hará públicos todos los tratados secretos; propondrá un armisticio inmediato a todas las naciones; insistirá en la liberación de todas las colonias y pueblos dependientes; propondrá a los trabajadores de todos los países que derriben a sus gobiernos burgueses y transfieran el poder a los soviets de trabajadores; declarará que las deudas por valor de miles de millones de dólares, contraídas por los gobiernos de la burguesía para proseguir la guerra deberán pagarla los propios capitalistas, ya que para los trabajadores y campesinos el responsabilizarse de los intereses de estas deudas “significaría pagar durante un período de muchos, muchísimos años un tributo a los capitalistas por haber permitido estos generosamente que los trabajadores se maten entre sí por el reparto de los despojos entre los capitalistas”. Y ahora contestaremos —continúa Lenin— a las objeciones de Kautsky, quien, al escribir sobre la situación en Rusia, nos advierte que “dos cosas son absolutamente necesarias para el proletariado: la democracia y el socialismo”. Pero, ¿qué significa esto exactamente? Miliúkov diría que democracia; Kérenski, que socialismo»

Pero aquí se interrumpe la quinta carta. Lenin iba camino de Rusia y ya no necesitaba acabarla. Pasó en blanco las noches de los primeros días tratando de inventar alguna manera de regresar. Ni los franceses ni los británicos le darían pasaporte, por las mismas razones por las que los británicos harían descender a Trotski de su barco en Halifax, pero en cambio mandarían de regreso a Rusia a Plejánov y a otros socialistas nacionalistas en un navio de guerra inglés con una escolta de torpederos. La verdad era que el propio Miliúkov había teleografiado a los consulados rusos que no permitieran la repatriación de los socialistas internacionales. Lenin pensó seriamente en la posibilidad de viajar en avión, pero por la mañana se dio cuenta de que era imposible. Después decidió que tenía que conseguir un pasaporte falso; y si fuera posible uno sueco, porque sería mucho menos sospechoso. Desgraciadamente no hablaba el sueco, y tampoco estaba seguro de poder aprender lo bastante para pasar la frontera; luego llegó a la conclusión de que, para no exponerse a ningún riesgo, no debería hablar en absoluto, y escribió entonces a un camarada de Suecia para que buscara dos sordomudos suecos que se parecieran a Zinóviev y a él. Krúpskaia le dijo: «Te quedarás dormido, verás mencheviques en sueños y empezarás a maldecir y a gritar “¡Canallas, canallas!” y echarás a perder todo el plan».

El 19 de marzo se celebró una reunión de exiliados para discutir el regreso a Rusia. Mártoov había ideado un plan para convencer al gobierno alemán de que les permitiera volver a través de Alemania en un canje con prisioneros alemanes y austríacos. A Lenin le entusiasmó la idea, que no se le había ocurrido; pero nadie más quería arriesgarse. Al mismo Mártoov le dio después miedo la iniciativa, y tuvo que ser Lenin quien llevara a cabo el plan. Las apelaciones al gobierno suizo no dieron resultado, y los telegramas a Rusia no tuvieron respuesta: los patriotas del gobierno provisional no deseaban el regreso de los internacionalistas, e incluso los socialistas vacilaban. «¡Qué tortura para nosotros —escribió Lenin al camarada de Estocolmo— estar aquí sentados en tales momentos!». Se sentaba en su habitación de techo bajo y escribía sus *Cartas desde lejos*. Finalmente, Lenin cablegrafió al camarada de Suecia para que enviara a alguien a entrevistarse con Chjeidze, menchevique y presidente del Soviet de Petrogrado, y le hiciera ver que era deber suyo hacer regresar a Rusia a los mencheviques encallados en Suiza. También se hicieron otras presiones. Al fin llegó la autorización, telegrafada en la siguiente forma: «Uliánov debe venir inmediatamente». Se negoció con el embajador alemán en Suiza el viaje de un grupo a través de Alemania; los alemanes esperaban que Lenin desorganizara más el gobierno ruso. Se acordó que, en su recorrido a través de Alemania, ninguno de los viajeros podría bajar del tren ni comunicarse con nadie del exterior, y que tampoco se le permitiría a nadie subir al vagón sin permiso del socialista suizo que les acompañaba. El gobierno alemán insistió en que Lenin recibiese a un representante de los sindicatos alemanes. Lenin contestó que si alguien subía al tren se negaría a hablar con él.

Cuando Lenin recibió la noticia de que podían marcharse, insistió en tomar el próximo tren, que partía un par de horas después. Krúpskaia pensó que no tendría tiempo de preparar las maletas, arreglar las cuentas con la patrona y devolver los libros a la biblioteca, y se ofreció a marchar más tarde por su cuenta. Pero Vladímir insistió en que debía acompañarle. Dejaron buena parte de sus cosas en un cajón para el caso de que tuvieran que regresar. Su casero, que ha escrito un relato de la estancia de los Lenin en su casa, nunca se había fijado especialmente en ellos. Cuando *frau* Lenin llegó por primera vez preguntando si tenían una habitación libre, la esposa del dueño no había querido admitirla: «Se veía que era una rusa» y «llevaba un vestido algo corto»; pero cuando Lenin apareció causó mejor impresión. Irradiaba energía: «¡Dios mío —solía exclamar su hijo— tiene cuello de toro!». Por lo demás eran puntuales en el pago y *herr* Lenin se llevaba bien

con su mujer. «Creo que nunca regañaron entre sí. Era fácil llevarse bien con *frau* Lenin. Le permitíamos guisar en nuestra cocina con mi mujer. Las dos mujeres siempre se llevaron bien, lo que es de extrañar si se tiene en cuenta que la cocina era un cuarto estrechísimo en el que tenían que apretarse para poder pasar. *Frau* Lenin podía haber sido una buena *Hausfrau*, pero siempre tenía la cabeza en otros trabajos». Cuando *frau* Lenin le mencionó a *frau* Kammerer que quería regresar a Rusia, esta expresó su preocupación de que se marchara a «ese país inseguro en unos momentos tan inciertos». «Ya ve, *frau* Kammerer —dijo *frau* Lenin— es allí donde tengo una labor que realizar. Aquí no tengo nada que hacer». Lenin dijo a *herr* Kammerer, antes de marcharse: «Bueno, *herr* Kammerer, ahora habrá paz».

En el tren que partió la mañana del 8 de abril viajaban treinta rusos exiliados, entre los que no figuraba ni un solo menchevique. Les acompañaba el socialista suizo Platten, que decidió asumir la responsabilidad del viaje, y el socialista polaco Radek. Algunos de entre sus mejores camaradas estaban horrorizados por la imprudencia de Lenin de recurrir a la ayuda alemana y de viajar a través de un país enemigo. Acudieron a la estación y rodearon a los viajeros, rogándoles que no partieran. Lenin subió al tren sin decir una palabra. En el vagón encontró a un camarada del que se sospechaba era un delator. «¡Muy seguro estaba el hombre en su asiento! De pronto vimos que Lenin le agarraba por el cuello y con naturalidad increíble lo tiraba al andén»

Los alemanes abrumaron a los viajeros con gran cantidad de provisiones, cosa a la que no se hallaban acostumbrados, para así demostrarles la abundancia de alimentos en Alemania. A Lenin y a Krúpskaia, que no habían estado en ninguno de los países beligerantes durante el último período de la guerra, les chocó, a su paso por Alemania, la ausencia de hombres adultos: en las estaciones, en los campos y en las calles de las ciudades solo se veían algunas mujeres y niños, y muchachos y muchachas de menos de veinte años. Lenin temía que tanto él como sus acompañantes pudieran ser detenidos tan pronto como pisaran Rusia, y discutió con sus camaradas el discurso de descargo que estaba preparando para tal ocasión. Pero, en general, se mantenía apartado del resto de los viajeros. En Stuttgart, el representante de los sindicatos subió al tren con un capitán de caballería y se sentó en un compartimento especial. Envió sus saludos a los rusos a través de Platten, en nombre de la liberación de los pueblos, y solicitó una entrevista. Platten

contestó que los rusos no deseaban hablar con él y que tampoco podían devolverle sus saludos. La única persona que habló con los alemanes fue un niño de cuatro años, hijo de uno de los viajeros rusos, que metió la cabeza en el compartimento y dijo en francés: «¿Qué hace el conductor?».

Camino de Estocolmo, Lenin declaró que el Comité Central del partido debía tener una oficina en Suecia. Cuando llegaron a este país, acudieron a recibirles y agasajarles los diputados socialistas suecos. En una sala de espera, donde ondeaba una bandera roja, les aguardaba un gigantesco banquete compuesto de platos suecos. Radek llevó a Lenin a una tienda y le compró un par de zapatos nuevos, insistiendo en que ahora era un hombre público y que tenía que preocuparse un poco por su aspecto exterior, pero Lenin no aceptó un abrigo nuevo o una muda extra, declarando que no iba a Rusia para abrir una sastrería.

Pasaron de Suecia a Finlandia en trineos finlandeses. A Platten y a Radek no les dejaron cruzar la frontera rusa. Lenin puso un telegrama a sus hermanas anunciándoles que llegaba el lunes a las once de la noche. En la Finlandia rusificada, cuenta Krúpskaia, «todo nos resultaba ya familiar y querido: los vagones desvencijados de tercera clase, los soldados rusos. Era maravilloso». Los soldados andaban por las calles y llenaban los andenes de la estación. Un viejo cogió en brazos al niño y le dio queso de pascua. Un camarada se asomó por la ventanilla y exclamó «¡Viva la revolución mundial!», pero los soldados le miraron perplejos. Lenin consiguió algunos ejemplares de *Pravda*, que Kámenev y Stalin dirigían, y descubrió que hablaban en moderados términos de ejercer presión sobre el gobierno provisional para que este abriera negociaciones de paz, proclamando lealmente que en tanto que el ejército alemán obedeciera al emperador, el soldado ruso tenía que «permanecer firmemente en su puesto y responder bala con bala y obús con obús».

Estaba reflexionando sobre este tema cuando la locomotora silbó y subieron al tren algunos soldados. Un teniente de pálido rostro se paseaba delante de Lenin y de Krúpskaia; y cuando estos se fueron a acomodar en un vagón casi vacío, se sentó al lado de ellos. También el oficial creía en una guerra defensiva. Lenin le replicó que debería ponerse término a la guerra por completo, y también se puso muy pálido. Entraron en el vagón otros soldados y se agruparon en torno a Lenin, algunos en pie sobre los bancos. Estaban tan apiñados que casi era imposible moverse. «A medida que pasaban los minutos —dice Krúpskaia— se mostraban más interesados y sus rostros se volvían más tensos». Lenin les interrogaba acerca de sus vidas y, en general, sobre el

estado de ánimo del ejército: «¿Cómo?, ¿por qué?, ¿en qué medida?», cuenta un suboficial que presencié la escena. «¿Quiénes eran sus jefes?». «En su mayoría, oficiales con ideas revolucionarias». «¿Había una plana mayor de oficiales jóvenes? ¿Participaban estos en el mando? [...]. ¿Por qué había tan pocos ascensos?». No estaban al tanto de las operaciones militares, que dependían del viejo Estado Mayor. Sería mejor ascender a los suboficiales. La tropa tenía más confianza en su propia gente que en los oficiales provenientes de las clases superiores. Sugirió que pidieran al interventor que les permitiera trasladarse a un vagón más espacioso para poder celebrar algo así como una reunión, y les habló durante toda la noche acerca de sus «tesis».

A primera hora de la madrugada, en Beloóstrov, subió al tren una delegación de bolcheviques, Kámenev y Stalin entre ellos. Nada más divisar a Kámenev, a quien no veía hacía varios años, Lenin le espetó: «¿Qué está escribiendo en *Frauda*? ¡Acabamos de ver algunos números y le hemos puesto bueno!». También estaba en la estación María, la hermana mayor de Lenin, así como una delegación de obreras. Las mujeres quisieron que Krúpskaia dijera algunas palabras, pero esta no pudo pronunciar ni despegar los labios. Otros pidieron a Lenin que hablara, y los empleados del tren, que no sabían nada del viajero salvo que se trataba de alguien importante, le cogieron en volandas y lo llevaron a la cantina, donde lo pusieron sobre una mesa. La multitud se agrupó lentamente a su alrededor; el conductor entró para decir a los empleados del tren que era hora de partir. Lenin interrumpió su discurso. El tren abandonó la estación. Lenin preguntó a sus camaradas si el grupo sería detenido tan pronto como llegara a Petrogrado. Los bolcheviques se limitaron a sonreír.

Doscientos años antes, Giambattista Vico, escribiendo en un apartado rincón de Europa situado al otro extremo del continente, al afirmar que «el mundo social» era «ciertamente obra del hombre», se había cuidado de ir más lejos y de declarar, como Grocio hiciera, que las instituciones sociales de los hombres podían explicarse en función únicamente del hombre. Grocio, uno de los maestros de Vico, era protestante y hereje; su gran obra había sido incluida en el Índice, por lo que Vico tuvo miedo hasta de citarla. En la católica ciudad de Nápoles, bajo la sombra de la Inquisición, Vico mantuvo a Dios en su sistema.

A finales del siglo XVIII, Babeuf, que no solo creía que la sociedad humana era obra del hombre sino que además quería rehacerla, había

afirmado al explicar su fracaso: «No tenemos más que reflexionar un instante sobre la multitud de pasiones que dominan en este período de corrupción en que vivimos para persuadirnos de que solo tenemos una probabilidad sobre cien de realizar tal proyecto».

En 1917, Lenin, con un vestigio del Dios de Vico todavía oculto en la dialéctica, pero sin ningún temor al Papa de Roma o al Sínodo protestante, no tan seguro de los controles de la sociedad como el maquinista lo estaba de la locomotora que le estaba llevando a Petrogrado, pero sí en condiciones de calcular sus posibilidades con una precisión mayor que las de ciento a uno, estaba en vísperas del momento en que por vez primera en la epopeya humana la llave de una filosofía de la historia iba a encajar en una cerradura histórica.

Aunque la puerta que Lenin iba a abrir no daría paso a los horizontes que él esperaba, hemos de recordar que, de entre todos los grandes marxistas, fue el menos aficionado a las visiones proféticas y el más dispuesto a modificar con la mayor presteza sus previsiones. «La clasificación teórica no importa ahora», acababa de escribir en *Cartas desde lejos*, a propósito de si las medidas inmediatas que preveía para alimentar al pueblo ruso debían considerarse «una dictadura del proletariado» o una «dictadura democrática-revolucionaria del proletariado y del campesinado pobre»... «Sería verdaderamente un gran error que tratáramos en estos momentos de adaptar las tareas complejas, urgentes, y en rápido desarrollo de la revolución al hecho de Procusto de una “teoría” estrechamente concebida, en lugar de considerar la teoría, antes que nada y sobre todo, como una *guía para la acción*»

Examinamos ya la tentativa de Michelet de hacer revivir los acontecimientos del pasado como una creación artística coherente, y vimos también cómo el material histórico siempre hace estallar la forma artística. Lenin tratará ahora de hacer encajar los acontecimientos presentes en un patrón de dirección práctica que determinará la historia del futuro. No debe extrañarnos que los acontecimientos posteriores no se ajustaran siempre a este patrón. Lo que importa es que pueda contemplarse el hombre occidental de estos momentos como artífice de algunos progresos definidos para dominar la codicia, el temor y los descarríos en los que ha vivido.

La estación terminal de los trenes procedentes de Finlandia es hoy día una pequeña estación de estuco deteriorado, de colores gris y rojizo deslustrados,

con un largo cobertizo sostenido por delgadas columnas que se ramifican al unirse con el techo. Los trenes entran por un lado; en el otro, hay puertas que dan a la sala de espera, la cantina y la consigna. Las dimensiones y diseño del edificio corresponderían en cualquier otro país más moderno de Europa a la estación de una ciudad de provincia, no a los esplendores de una capital; con sus bancos gastados por las esperas, sus bollos y pastelillos con etiquetas tras unas vitrinas, es la típica pequeña estación europea, con esa uniformidad característica de todas las instituciones utilitarias que se han propagado por todas partes con el progreso de la clase media. Ahora las campesinas, con grandes pañuelos en la cabeza, se sientan en silencio en los bancos con sus bultos y cestas.

Pero en la época a que me refiero había una sala reservada para el zar; y cuando llegó el tren, muy tarde, aquella noche del 16 de abril, allí condujeron a Lenin los camaradas que fueron a recibirle. En el andén se había encontrado con hombres que habían regresado de la cárcel o del destierro y que le saludaron con las lágrimas deslizándose por las mejillas.

N. Sujánov, un socialista sin partido, testigo presencial de la escena, nos ha dejado una descripción de la recepción ofrecida a Lenin. Lenin se encaminó hacia la sala del zar a tal velocidad que casi iba corriendo. Llevaba la chaqueta sin abotonar; su cara daba la sensación de frío; empuñaba un gran ramo de rosas que acababan de ofrecerle. Cuando se topó con Chjeidze, menchevique y presidente del Soviet de Petrogrado, se detuvo en seco, como si hubiera tropezado con un obstáculo inesperado. Chjeidze, sin abandonar la triste expresión que había mostrado mientras esperaba a Lenin, se dirigió a él en el tono sentencioso de los discursos convencionales de bienvenida:

Camarada Lenin, en nombre del Soviet de Petrogrado y de la Revolución te damos la bienvenida a Rusia [...], pero consideramos que en los momentos actuales la tarea principal de la democracia revolucionaria es defender nuestra Revolución contra toda clase de ataques, tanto del interior como del exterior [...]. Esperamos que te unas a nosotros para lograr este objetivo.

Lenin permanecía en pie, dice Sujánov, «como si todo lo que estaba ocurriendo solo a unos metros de distancia no tuviera nada que ver con él; miraba de un lado para otro; observaba al público que le rodeaba y hasta examinó el techo del “salón del zar”, mientras ordenaba el ramo de flores (que desentonaba bastante con toda su figura)». Por último, haciendo caso omiso del comité y sin contestar directamente al discurso, se dirigió a la muchedumbre que estaba detrás de aquel:

Queridos camaradas, soldados, marineros y trabajadores: Me complace saludar en vosotros a la victoriosa Revolución rusa y saludaros como la vanguardia del ejército proletario internacional [...]. La guerra de bandidaje imperialista es el comienzo de la guerra civil en Europa [...]. No está lejos la hora en que, siguiendo a nuestro camarada Karl Liebknecht, el pueblo alemán vuelva las armas contra sus explotadores capitalistas [...]. ¡En Alemania todo está en fermento! No hoy, pero sí mañana, cualquier día, presenciaremos el derrumbamiento general del capitalismo europeo. La Revolución rusa que habéis llevado a cabo ha asestado el primer golpe y ha abierto una nueva era [...]. ¡Viva la Revolución Socialista Internacional!

Abandonó la sala. En el andén exterior un oficial se le acercó y le saludó. Lenin, sorprendido, devolvió el saludo. El oficial dio la orden de firmes a un destacamento de marineros con bayoneta calada. Focos eléctricos iluminaban el andén y bandas de música tocaban la *Marsellesa*. Una tempestad de aplausos y vítores se elevó de una multitud que se apiñaba en rededor. «¿Qué es esto?», preguntó Lenin, retrocediendo unos pasos. Le contestaron que era la bienvenida a Petrogrado que le tributaban los trabajadores y marinos revolucionarios; la multitud había estado gritando una palabra: «Lenin». Los marineros presentaron armas y el comandante se puso a sus órdenes. Le dijeron al oído que querían que hablara. Avanzó unos pasos y se quitó el sombrero hongo.

Camaradas marineros —comenzó—, os saludo sin saber si creéis o no en las promesas del gobierno provisional. Pero afirmo que cuando os hablan amablemente, cuando os prometen tantas cosas, os están engañando a vosotros y a todo el pueblo ruso. El pueblo necesita paz; el pueblo necesita pan; el pueblo necesita tierras. Y lo que os dan es guerra y hambre, y permiten a los terratenientes que sigan disfrutando de la tierra [...]. Hemos de luchar por la Revolución social, luchar hasta el fin, hasta la completa victoria del proletariado. ¡Viva la Revolución Socialista Mundial!

«¡Qué extraordinario fue! —comenta Sujánov—. Para nosotros, que habíamos estado siempre ocupados, que nos habíamos sumergido completamente en las tareas corrientes y vulgares de la Revolución, en las necesidades del momento, en las cosas inmediatas y urgentes que no son visibles “en la historia”», fue como si resplandeciera de pronto una luz deslumbradora. «La voz de Lenin, que salía del vagón, era una “voz del exterior”. En medio de nosotros, en el seno de la Revolución, estalló la verdad, en modo alguno disonante, en modo alguno violando su contexto: era

una nota *nueva* y brusca, un tanto aturdidora». Fueron sacudidos por la toma de conciencia de «que Lenin tenía indiscutiblemente razón, no solo en anunciarnos que la Revolución Mundial Socialista había comenzado, no solo en señalarnos la vinculación indisoluble entre la guerra europea y el derrumbamiento del sistema imperialista, sino en subrayar y en traer a primer plano la “Revolución Mundial” en sí, en insistir en que esta debería orientar nuestro camino y que deberíamos valorar a su luz todos los acontecimientos de la historia contemporánea». Ahora podían ver que todo esto era irrefutable; ¿pero sabía Lenin realmente, se preguntaban, cómo aquellas ideas podían utilizarse prácticamente en la política de su propia revolución? ¿Conocía en realidad Lenin la situación de Rusia? Pero esto no importaba por el momento. ¡Era todo tan enormemente extraordinario!

La multitud llevó a Lenin en hombros a uno de los autos blindados estacionados delante de la estación. El Gobierno Provisional, que había hecho todo lo posible para impedir que en las calles se formaran grupos numerosos, había prohibido que se sacaran los autos blindados, elementos formidables en una eventual manifestación de masas; pero esto no había tenido efecto alguno sobre los bolcheviques. Lenin tuvo que pronunciar otro discurso, de pie en el techo del auto blindado, sobre las cabezas de la multitud. La plaza frente a la estación se hallaba repleta de gente: estaban allí los trabajadores textiles, los trabajadores metalúrgicos, los soldados y marineros de origen campesino. En la plaza no había luz eléctrica, pero los reflectores iluminaban banderas rojas con inscripciones doradas.

Desde la estación el auto blindado se puso en marcha, encabezando una procesión. Los demás vehículos disminuyeron sus luces para que las del auto blindado que llevaba a Lenin resaltaran. Los faros permitían ver la guardia obrera que se alineaba a lo largo de ambos lados de la calzada. Krúpskaia dice que «quienes no han vivido la Revolución, no pueden imaginar su grandiosa y solemne belleza». Los marineros pertenecían a la guarnición de Cronstadt; los reflectores eran de la fortaleza Pedro y Pablo. La comitiva se dirigió al palacio Kshesínskaia, antigua residencia de la bailarina que había sido amante del zar, mansión que los bolcheviques, con un gesto deliberadamente simbólico y ante la indignación de su dueña, habían elegido como sede del partido.

El interior del palacio estaba decorado con grandes espejos, arañas de cristal, frescos en los techos, tapicería de raso, amplias escaleras y grandes armarios blancos. Los invasores habían roto numerosas estatuas de bronce y cupidos de mármol, pero los muebles de la bailarina habían sido

cuidadosamente guardados y reemplazados por sillas, mesas y bancos sencillos, puestos aquí y allá, bastante espaciados, donde era preciso. Solo algunos jarrones chinos, entre los periódicos y los manifiestos, estorbaban todavía el paso de la gente. Los bolcheviques querían ofrecerle té a Lenin y saludarle con discursos de bienvenida, pero Lenin les obligó a hablar de táctica. El palacio estaba rodeado por una multitud que pedía a gritos que hablase Lenin. Salió al balcón. Era como si toda la rebelión sofocada —sobre la que la gran ciudad, plana y aplastante, había gravitado, con sus pomposas fachadas desde los tiempos en que fue construida en las marismas por aquellos artesanos a quienes Pedro el Grande envió a la muerte— hubiera estallado en una sola noche. Y Lenin, que solo había hablado en reuniones de partido, ante auditorios de estudiantes marxistas, que apenas había aparecido en público en 1905, ahora les habló con una voz de autoridad que habría de encauzar toda la energía sin dirección de aquel pueblo, dirigir su confianza indecisa y alcanzar súbitamente una resonancia de alcance mundial.

Al principio, sin embargo, la multitud que le escuchó aquella noche — dice Sujánov, que estaba también en la calle— mostró síntomas de sorpresa y temor. A medida que la voz ronca de Lenin restallaba sobre sus cabezas con sus frases sobre los «capitalistas ladrones [...] la destrucción de los pueblos de Europa en beneficio de una banda de explotadores [...] lo que la defensa de la patria significa es la defensa de los capitalistas contra todos los demás», a medida que estas frases estallaban como metralla, hasta los soldados de la guardia de honor murmuraban: «¿Qué es esto? Pero ¿qué está diciendo? ¡Si bajara aquí, le daríamos una lección!». Sin embargo, dice Sujánov, no intentaron «darle una lección» cuando les habló cara a cara, y nunca oyó Sujánov que lo hicieran más tarde.

Lenin abandonó el balcón, pero tuvo que salir de nuevo a pronunciar un segundo discurso. Cuando terminó se celebró una reunión. Los largos discursos de bienvenida empezaron a brotar de nuevo en el gran salón de baile. Trotski dice que Lenin aguantó aquel chaparrón de alocuciones «como un peatón impaciente que espera en un portal a que deje de llover». De vez en cuando miraba el reloj. Cuando tomó la palabra, habló durante dos horas y sembró en el auditorio el desconcierto y el terror.

«Durante el viaje —dijo— esperaba que al llegar nos llevaran a mí y a mis camaradas directamente de la estación a Pedro y Pablo. Parece que estamos muy lejos de eso. Sin embargo, no perdamos la esperanza de pasar todavía por esa experiencia». Dejó a un lado el tema de la reforma agraria y de otras disposiciones legales propuestas por el Soviet, y declaró que los

propios campesinos deberían organizarse y apoderarse de las tierras sin la ayuda del gobierno. En las ciudades, los trabajadores armados deberían hacerse cargo de la dirección de las fábricas. Habló con desprecio de la mayoría que controlaba el Soviet y puso a los propios bolcheviques sobre carbones encendidos. La Revolución proletaria era inminente: los bolcheviques no tenían que apoyar al Gobierno Provisional. «¡No necesitamos una república parlamentaria! ¡No necesitamos una democracia burguesa! ¡No necesitamos otro gobierno que no sea el del Soviet de diputados obreros, soldados y campesinos!»

El discurso, dice Sujánov, a pesar de su «explosivo contenido y de su elocuencia lúcida y brillante», evidentemente adolecía de «una cosa: un análisis de las “condiciones objetivas”, de las bases socioeconómicas para el socialismo en Rusia». Pero, sigue diciendo Sujánov, «salí a la calle como si me hubieran golpeado la cabeza. Solo una cosa era clara: un hombre sin partido como yo nada tenía que hacer siguiendo a Lenin. Respiré con placer el aire, ya primaveral. Estaba amaneciendo, había llegado el día». Un joven bolchevique, oficial de marina, que tomó parte en la reunión escribe: «Las palabras de Ilich trazaron un Rubicón entre la táctica de ayer y la de hoy».

Pero los dirigentes bolcheviques quedaron en su mayoría estupefactos. Aquella noche no hubo ningún debate sobre el discurso, pero la indignación estalló al día siguiente, cuando Lenin lanzó otra de sus andanadas en una reunión general de los socialdemócratas. «Lenin —declaró un bolchevique— acaba de presentar su candidatura para un trono europeo que ha estado vacante treinta años: el trono de Bakunin. Lenin nos está contando con nuevas palabras la misma vieja historia: se trata otra vez de los desechados y viejos conceptos del anarquismo primitivo. ¡Lenin el socialdemócrata, Lenin el marxista, Lenin el dirigente de nuestra socialdemocracia militante [...] ese Lenin ya no existe!». Y el izquierdista Bogdánov, que se hallaba sentado precisamente bajo la tarima, increpó furiosamente al auditorio: «¡Vergüenza debería daros aplaudir semejante sandez! ¡Os estáis cubriendo de ignominia! ¡Y os llamáis marxistas!».

EL objetivo del discurso de Lenin había sido impedir la proyectada fusión de bolcheviques y mencheviques, pero en aquellos momentos parecía como si fuese a tener el efecto de empujar a los bolcheviques en la otra dirección. A muchos de los propios bolcheviques les pareció —igual que les había ocurrido a sus rivales después de la ruptura de 1903— que Lenin se había condenado voluntariamente al limbo.

La noche de su llegada, relata Krúpskaia, después de la recepción en el palacio Kshesínskaia, «nos fuimos (ella y Lenin) a casa de Ana Uinishna y Mark Timoféievich». María Uinishna vivía con su hermana y su cuñado. A Vladímir Ilich y a Nadia les dieron una habitación independiente, y en ella encontraron que el hijo adoptivo de Ana había colgado encima de sus camas la última frase del *Manifiesto comunista*: «¡Trabajadores del mundo, uníos!».

Krúpskaia dice que apenas cruzó palabra con Ilich. «Todo se daba por entendido sin necesidad de hablar».